

Manuel Galich

●
*Mapa hablado
de la
América Latina
en el
año del
Moncada (I)*
●

Para nosotros, la patria es la América.

SIMÓN BOLÍVAR

25-50° lat. N

68-170° lon. O*

EL IMPERIO DE LOS BIG-BIG-BUSINESS

Creo necesario, para, comprender bien a la América Latina de los últimos veinte años, remontarnos justamente al año 1953, el año del Moncada, y penetrar un poco (no diría en "las entrañas", tan generosamente como Martí) en los engranajes, y quizá en el cerebro electrónico, del monstruo que nos es tan atterradoramente familiar: el imperialismo.

No es que el mundo haya sido de un modo hasta el 31 de diciembre de 1952 y de otro a partir del primero de enero de 1953, pero, indudablemente, 1953 fue un año de cambios importantes y, algunos, decisivos. A ocho años de la derrota del fascismo en Europa y de la muerte de Franklin D. Roosevelt, el juego de circunstancias generadas en el curso de la posguerra y su efecto inmediato —la elección de Eisenhower como presidente y de Nixon como vicepresidente por el Partido Republicano— colocaron a

los Estados Unidos en condiciones de creerse excepcionalmente omnipotentes. Su clase dominante multibillonaria pudo entonces acariciar la ilusión de que, por fin, su viejo sueño de hegemonía mundial iba a realizarse, de que quizá se iniciara el anunciado "milenio yanqui", de que la sentencia dictada por Olney, secretario de Estado para los asuntos del continente americano a fines del siglo xix, podría universalizarse a mediados del xx: "La voluntad de los Estados Unidos es ley en los asuntos en que interviene". Eso parecía en enero de 1953. Pero la historia de los últimos veinte años ha venido a corroborar que "los sueños, sueños son". ..

Los mas poderosos y reaccionarios representantes del capitalismo mundial tomaron en sus manos la suma del poder en el Ejecutivo y en el Congreso norteamericanos. En el Gabinete, dominaban los amos de las industrias y las finanzas. Nunca, ni en tiempos de Hoover ni antes de Teodoro Roosevelt, habían tenido los colosos del dinero semejante poder. Hasta la misma Wall Street se sorprendería, y el *New York Post* dijo del nuevo gobierno yanqui: "El calificativo debe ser *big-big business*. No se trata de simples: industriales. Son los industriales del vértice de la pirámide. Nunca se había presenciado nada semejante". La lista de los *big-big business* —ministros, secretarios, subsecretarios, embajadores, consejeros,

* Las posiciones geográficas son sólo aproximadas

asistentes, directores *et al.*—, incrustados en el Gabinete y en la diplomacia y, al mismo tiempo, en los directorios de las grandes empresas, con gruesos paquetes de acciones, sería impresionante y reveladora.¹ El mundo entero, y particularmente nosotros, los latinoamericanos, teníamos sobradísimas razones para temer por nuestro destino, porque este quedaba seriamente amenazado con la presencia, por ejemplo, de Charles Erwin Wilson como ministro de Defensa, de Foster Dulles en la Secretaría de Estado y de John Moors Cabot como subsecretario para asuntos latinoamericanos. Dos palabras sobre lo que esos caballeros representaban darán una idea de los propósitos que animaban al gobierno de Eisenhower.

Charles E. Wilson era presidente, y tenía acciones por cuatro millones de dólares, de la General Motors, "la corporación", señala Víctor Perlo, "que obtiene las más grandes ganancias en todo el mundo", umbilicalmente emparentada con la Du Pont de Nemours. ¿Cómo se traducirían los nombres? de esas empresas? General Motors: más de mil millones de dólares de capital circulante, pedidos bélicos por catorce mil millones de dólares en la Segunda guerra mundial, y "ventas al gobierno por mil millones en sólo nueve meses de 1952. Du Pont: *trust* químico, fabricante de las bombas A y H (atómica y de hidrógeno). Foster Dulles, como miembro de la firma Cronwell and Sullivan, "la más poderosa de las familias de abogados de Wall Street", era abogado de Morgan, de Du Pont, de Rockefeller y de otros *trusts* gigantes—incluida la United Fruit Company— pertenecientes al grupo de Boston, y, además, director del American Banknote, del Bank of New York, del Babcock and Wilcox, de la International Nickel of Canada, de la American Agricultural Chemical y de las fundaciones

¹ "La administración Eisenhower señala una nueva culminación en el grado de apoderamiento directo por parte de los grandes negocios [...] Nuestra propia tabulación abarca docientos setentidós puestos superiores del Ejecutivo, en los que se decide la política, dentro de la primera administración Eisenhower: miembros de Gabinete, subsecretarios, asesores generales y funcionarios fundamentales, peculiares de ciertas instituciones, y los embajadores de los países más importantes. Por lo menos ciento cincuenta de ellos, una evidente mayoría, eran capitalistas activos u hombres adinerados por herencia o anteriores actividades comerciales [...] Los ciento cincuenta capitalistas abarcan algunas de las más grandes corporaciones, de las familias adineradas y de las firmas de abogados de las corporaciones más importantes. Algunos de ellos pertenecen a firmas intermedias y otros tienen una importancia puramente local. La única característica general que se destaca es la preminencia de los financieros y de los industriales financieros, correspondiente a la importancia de la oligarquía financiera en la estructura general del control de las corporaciones de los ciento cincuenta, setentiuono son, o bien predominantemente banqueros o bien incluyen a importantes instituciones financieras en sus directorios o posiciones conocidas." (Víctor Perlo: *El imperio de las altas finanzas*, La Habana, 1963, p. 330-32.)

Rockefeller y Carnegie. Cabot y Lodge son apellidos que pertenecen a los llamados "brahmanes de Boston". John Moors Cabot y Henry Cabot Lodge, el primero en el Departamento de Estado y el segundo como delegado permanente en las Naciones Unidas, constituían, para decirlo en términos beisboleros, la mejor combinación torpedero-camarero en el *line-up* de los grandes negocios, sobre ej diamante interamericano. Los Moors Cabot y los Cabot Lodge integraban el grupo de Boston, cuyo capital se calculaba en unos diez mil millones de dólares, con empresas como la United Fruit Co., la Boston and Maine Railroad, la United Shoe Machinery, la American Woollen, la U.S. Smelting, Refining and Mining, la Papperell Manufacturing, la Draper Corp., la Stone and Wester, la Boston Edison Co., la Edison Electric Illuminating, la New England Electric System, la First Boston Corp. y la Phillips Petroleum—estas dos últimas vinculaban al grupo de Boston con los de Rockefeller y Morgan—. Llamo especialmente la atención sobre la trilogía Dulles, Cabot Lodge y Moors Cabot, punta de lanza de la United Fruit Co. en la futura política yanqui para la América Latina.

Tales eran algunos de los integrantes del llamado "Gabinete Cadillac". Pero el verdadero poder no residía en este, sino en el Consejo Nacional de Seguridad, creado en 1947 como "núcleo secreto, pero decisivo, de la política del Estado". Aunque nada tenga que ver con la cabalística ni con la magia negra ni con las supersticiones populares, aquel terrible poder estaba en manos de trece individuos cuya sola mención espeluzna: Eisenhower, Nixon, Dulles y Wilson, a la cabeza; y luego, como secretario, el primero, y como directores y asesores los otros: G. M. Humphrey (Tesoro), A. S. Flemming (Movilización de defensa), P. F. Brundage (Presupuesto), H. E. Stassen (Desarme), A. W. Dulles (Inteligencia), A. W. Radford (Estado mayor conjunto), L. L. Strauss (Energía atómica), W. H. Jackson (Guerra fría) y D. Anderson (Asesoría presidencial). Aquí era donde verdaderamente residía el poder de los *big-big business*, ejercido por medio de las vinculaciones de estos trece individuos con Morgan, Rockefeller, Du Pont, el National City y todos los grandes grupos financieros e industriales, especialmente los de California, Cleveland y Texas, cuyos agentes en el alto mando eran, respectivamente, Nixon², Humphrey y Anderson—

En el Congreso, el cuadro guardaba perfecta simetría con el anterior. Aquí dominaban las ultraderechas

² En 1953, Richard Nixon era, como lo caracterizó el comandante Fidel Castro en su discurso del primero de mayo último, "[...] un hombre reaccionario de ideas muy retrógradas, un acérrimo partidario del capital privado y de los intereses monopolísticos, [...] un defensor consumado de los intereses de los monopolios y de los capitalistas, un representante de esos intereses y de su ideología".

republicanas en alianza con la reacción demócrata sudista, los llamados *dixiecracts*. Nueve de las quince comisiones importantes del Senado, y trece de las diecinueve de la Cámara de Representantes, estaban en poder de los republicanos, y la voz cantante correspondía a los Taft, los McCarran y, sobre todo, al inquisidor McCarthy, -energúmeno fascista colindante con la insania. En manos de estos y otros hombres semejantes estarían, aparentemente por un tiempo y con un poder sin límites, los destinos de la humanidad, por toda una era.

Foster Dulles lo pronosticaba a *su modo*, fácil de traducir si se da a las palabras un sentido contrario al que comunmente tienen, es decir, si se mira el bordado por el revés de la trama. Al morir Stalin (5 de marzo de 1953) Dulles interpretó el suceso como el fin de una era tenebrosa y el principio de otra verdaderamente feliz en el globo terráqueo: "[...] el general Eisenhower se ha convertido en presidente de nuestra gran república, con un prestigio sin paralelo en la historia. Empieza una nueva era, una era en la que el espíritu guiador es la libertad, no la esclavitud; en la que las relaciones humanas serán de fraternidad, no de dominación personal". La clave para interpretar correctamente el lenguaje de Dulles la dio la revista *Life* seis meses antes, durante el proceso electoral (16 de junio de 1952), cuando el futuro secretario de Estado prometió abandonar la que él llamó "política de contención" frente a la Unión Soviética, trazada por Truman, para adoptar una "política de audacia". Nadie se engañó entonces sobre los alcances belicistas de esta política. El comentarista Ned Russel, del *New York Herald Tribune*, por ejemplo, sostenía que la bomba H podía servir para crear la "situación de fuerza" que permitiría tomar la iniciativa militar para empezar la guerra. Tenía sus razones: los Estados Unidos habían impedido que el Comité de desarme de las Naciones Unidas prohibiera el uso de la bomba atómica y las armas bacteriológicas; Foster Dulles declaraba en enero de 1953 que no tenían intención de aceptar la prohibición de armas atómicas.

El porqué de esa política (el revés del tapiz) quedó al descubierto en el discurso inaugural de Eisenhower del 20 de enero de 1953:

A pesar de toda nuestra potencia material, necesitamos mercados en el mundo para los excedentes de nuestra producción agrícola e industrial. Igualmente necesitamos, para esta misma producción agrícola e industrial, materias vitales y productos procedentes de tierras lejanas. Esta ley fundamental de interdependencia, tan manifiesta en el comercio en tiempos de paz, se aplica en caso de guerra con una intensidad mil veces acrecentada.

Y como la guerra —de acuerdo con la ideología de los nuevos gobernantes norteamericanos— era el más grande de los grandes negocios, aplicaron con la intensidad anunciada por el presidente la ineludible ley fundamental de la interdependencia comercial. Sólo que, si en su enunciación teórica esa ley es justa, no lo es en aquello que Eisenhower calló, es decir, el cómo y el a cuánto vender los excedentes de la producción agrícola e industrial yanquis, y el cómo y el a cuánto adquirir los alimentos, las materias primas y los productos básicos de las "tierras lejanas". En esa relación de precios de compra y venta estaba la verdadera esencia de lo que Eisenhower llamó *good partner policy*, "política del buen socio". Ya la veremos funcionar en la América Latina.

El único buen socio del nuevo gobierno norteamericano fue, en buenas cuentas, la industria privada yanqui, esto es, los grandes monopolios en posesión del poder político. En solo tres meses, el gobierno renunció al monopolio de la energía nuclear en beneficio de las grandes empresas, puso en manos de la industria privada el caucho y sus derivados y, prácticamente, liberó a las compañías petroleras de las sanciones establecidas por la legislación anti-*trust*. El *New York Times* sintetizó los primeros resultados de la "política del buen socio": "Metódicamente, y con mucha mayor rapidez de lo que cumple otras promesas electorales, el gobierno se está retirando de toda competencia práctica con la industria privada". Desde luego, no era este el sentido que Eisenhower quería dar, demagógicamente, a su famosa frase sustitutiva de la de "buen vecino". Pero esa era la realidad.

Por lo demás, no se trataba sólo de sustituir una frase por otra, sino de arrancar de raíz cuanto pudiera sobrevivir de la época de Roosevelt. Lo primero era arrojar inmundicia sobre la memoria del propio Roosevelt, hasta cubrirla totalmente. Fue la época en que los plutogogos^{*} exhibieron en todos los grados sus mayores capacidades para la difamación, que alcanzó no sólo a Roosevelt y su política, sino también a sus colaboradores, partidarios y familiares. Esto era un buen índice del cambio que se operaba. Resultaba significativo que las estrellas de varias magnitudes, integrantes del nuevo firmamento yanqui, fueran las que con mayor virulencia habían combatido las reformas sociales de Roosevelt.

Desde luego, aquellas reformas no habían conllevado un cambio sustancial en la política imperialista tra-

* El término es usado por George Seldes, quien explica cómo lo introdujo el doctor T. V. Smith y cómo lo definió: "[...] el plutogogo no es tan fácilmente reconocido, ni se le puede individualizar a primera vista. El plutogogo es el vocero de los poderosos cuando estos prefieren no hablar por sí mismos, vale decir, el plutócrata de otros tiempos. No es Alá, sino el agente propagandístico de Alá". (George Seldes: *Los amos de la prensa*, Buenos Aires, 1959., p. 340.)

dicional de los Estados Unidos. Sólo representaban una manera más lúcida de procurar una mayor sobrevivencia del imperio en las nuevas condiciones del mundo; una táctica y una estrategia muy parecidas a las aplicadas por la iglesia católica y conocidas como *aggiornamento*. Sobre ese alcance limitado del *Neto Deal* rooseveltiano nos informa muy bien Víctor Perlo:

[...] el dominio económico del monopolio no fue conmovido. Como muy pronto lo demostraron los acontecimientos, los grandes negocios surgieron de la Segunda guerra mundial más poderosos que antes. Los esfuerzos del *New Deal* para "arrojar a los traficantes del templo" fueron inadecuados en concepto, en contenido y en aplicación [...]

Las medidas del *New Deal* se limitaron, en su contenido, a ataques contra determinadas prácticas nocivas, pero no pusieron en peligro la estructura básica del dominio centralizado. Los mecanismos de los intereses creados contornearon los caminos interrumpidos y siguieron adelante por las muchas otras sendas de la densa red de vinculaciones entrecruzadas que habían establecido, trazaron apresuradamente nuevos caminos, mucho más llanos que los que habían quedado cerrados.

Las reformas estuvieron limitadas en su aplicación, primero, por la protección concedida al monopolio por los tribunales, y, luego, por la ocupación de los puestos administrativos responsables, en los nuevos organismos reglamentarios, por representantes de las fuerzas mismas que dichas dependencias supuestamente debían frenar.⁴

Este breve análisis es útil para medir la carga de ferocidad e intolerancia que traía la violenta reacción de la extrema derecha instalada en el gobierno de los Estados Unidos en 1953. Lo rooseveltiano pertenecía también a la era tenebrosa que había terminado con la muerte de Stalin, en el concepto de aquella reacción. Por tanto, la orden del día era barrer, dentro y fuera de los Estados Unidos, con todo lo que tuviera vestigios de aquella era, aunque fuese un pequeño gobierno latinoamericano que se atreviera a creer en la vigencia de las cuatro libertades proclamadas por Roosevelt.

Desde 1947, la atmósfera había venido cargándose, cada vez más, de odio contra el inmediato pasado. En 1953, el proceso culminaba y encontraba su mejor definición en el macartismo, que no era sino la histeria anticomunista llevada a niveles de enajenación

sistematizada, de *delirium* colectivo. La Comisión de actividades antinorteamericanas de la Cámara de Representantes, calificada por Roosevelt como "sórdida, flagrantemente injusta y contraria a los ideales norteamericanos", era ahora sacralizada, elevada al rango de verdadero Santo Oficio, en el cual un torvo y desenfrenado Torquemada encarnaba el espíritu de la época: el senador Joseph R. McCarthy. Lo que llamo "atmósfera cargada" había llegado a ser, debido al macatismo erigido en sistema de gobierno, un ambiente de temor y desconfianza, un clima de terror y suspicacia de todos frente a todos. He aquí uno de los muchos testimonios que podrían citarse:

De las cuatro libertades proclamadas por F.D.R. como las metas principales, ninguna parecía tan lejana en la década de posguerra como la libertad del miedo. Sobre toda la nación, cubriendo con su sombra todos los aspectos de su vida, se extendió un nubarrón de miedo: miedo a la guerra atómica, miedo a los "grupos de espías rusos", miedo a una "quinta columna comunista", miedo a perder el empleo por una acusación de deslealtad.⁵

El grado en que el espíritu macartista de intolerancia, persecución, espionaje, soborno, delación, chantaje y pánico se apoderó de los Estados Unidos fue muy bien precisado en el Parlamento británico por el exprimer ministro Clement R. Atlee, cuando expresó: "A veces uno se pregunta quién es más poderoso: el presidente o el senador McCarthy". Como debía corresponder a un mundo en cuya cúspide estaban sentados los grandes negocios, uno de los sectores más castigados por el terror macartista fue el de la clase obrera, y en particular las organizaciones sindicales. La Ley Wagner era ya cosa del pasado, y la Taft-Hartly imperaba con todo rigor. Un buen ejemplo de ello ocurrió en 1953, cuando el Sindicato de Mineros y Fundidores declaró la huelga en la Empire Zinc, de Hanover, Nuevo México: los obreros fueron atacados por rompehuelgas y tiroteados por pistoleros a sueldo, y algunos dirigentes, como Clinton E. Jenks, acusados de comunistas ante la Comisión de actividades antinorteamericanas.

Pero la más trágica y cruel concreción del régimen imperante fue la electrocución, sin pruebas, de los esposos Rosenberg. Desafiando, como señaló la revista venezolana *Cruz del Sur*, "la más gigantesca, angustiada y emocionante manifestación mundial", Eisenhower negó el indulto, por el que clamaba la humanidad entera, con cínica prepotencia imperial: "Los Rosenberg han disfrutado de todas las ventajas de la justicia norteamericana". El defensor de las víctimas, Bloch, dijo en el entierro: "Hago culpables de

* Víctor Perlo: *op. cit.*, p. 9.

* Albert Kahn: *Escándalo en los Estados Unidos. El maccartismo al desnudo*, Buenos Aires, 1960, p. 12.

este asesinato premeditado a Eisenhower, al procurador general Herbert Rronwell, a Edgar Hoover y a los jueces que condenaron a los esposos Rosenberg". Esos personajes eran otros tantos instrumentos del sistema entronizado, tan capaz de electrocutar a los esposos Rosenberg como de incinerar a la humanidad con la bomba de hidrógeno. Pieza de ese mismo sistema era el nuevo director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) —fundada en 1947 por Truman—, Alien Welsh Dulles, hermano del secretario de Estado y uno de los trece miembros del Consejo Nacional de Seguridad.

34° lat. N.
54° lat. S.
120° long. O.

LA GOOD PARTNER POLICY EN LA AMÉRICA LATINA

No ha sido mi propósito ofrecer una imagen integral del imperialismo yanqui a partir de 1953. Simplemente, me ha parecido conveniente brindar la somera información para una mejor comprensión del ambiente latinoamericano de la época; de la magnitud del enemigo que debían enfrentar aquellos pueblos y gobiernos que quisieran conquistar su soberanía e independencia; de la implacable ferocidad con que el sistema dominante en los Estados Unidos golpearía a los insubordinados latinoamericanos, y, en fin, del miedo, de la sumisión, del oportunismo, de la obscuridad, del entreguismo y del gregarismo lacayuno de la gran mayoría de los gobiernos de la América Latina en ese momento (1953), y de todos a corto plazo (1956).

En contexto semejante, podremos medir mejor la significación histórica del asalto al cuartel Moncada como hecho inicial, como punto de partida de una revolución destinada a herir de muerte al sistema considerado en 1953 como invulnerable y perpetuo.*

* En su discurso del primero de mayo de 1973, el comandante Fidel Castro señaló la proyección latinoamericana del proceso que culminó con el triunfo armado en 1959, y cuyo punto de partida fue el asalto al cuartel Moncada. Cito algunos pasajes:

"Estados Unidos llegó a establecer en este Continente una especie de soberanía casi absoluta, una hegemonía completa, un dominio total. Y ese proceso tuvo lugar a lo largo de ciento cincuenta años, período durante el cual los Estados Unidos desarrollaron su influencia y su poder a costa de los pueblos latinoamericanos.

Hay un punto, un momento de la historia, en que este proceso que dura ciento cincuenta años comienza a cambiar. Y ese punto de la historia, ese momento de la historia, fue el primero de enero de 1959.

Cuba significó el punto de viraje histórico, el momento en que se levanta una bandera de un país latinoamericano que pone fin a la hegemonía yanqui, y que pone fin a un proceso ininterrumpido de siglo y medio de

Revolución que, dos décadas después, ha cobrado dimensión continental y tiene ya los rasgos inconfundibles de la segunda independencia latinoamericana anunciada por Martí en 1889. En esas dos décadas, los pueblos latinoamericanos se han alzado como nunca antes en grandes acciones de masas campesinas, obreras y estudiantiles; la lucha armada ha regado con sangre heroica montañas y ciudades de Guatemala, Nicaragua, Haití, República Dominicana, Colombia, Venezuela, Perú, Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina; se han sumado a los próceres de la primera independencia los de esta segunda, heroicos combatientes latinoamericanos, cuya más elevada expresión es el Che. En estos veinte años, el movimiento de liberación, hirviente y profundo en las entrañas de la masa como las fuerzas telúricas subterráneas en combustión, ha perforado la corteza de las altas estructuras políticas y sociales y se traduce ya, con voz insumisa, en el seno mismo de los organismos regionales, tan dóciles hace dos décadas atrás. Lenguaje distinto al de entonces es el que se ha hablado, en lo que va de año, en Bogotá, en febrero, en la VIII Reunión del CIES; en Panamá, en marzo, en la reunión del Consejo de seguridad de las Naciones Unidas; en Quito, también en marzo, en el XV período de sesiones de la CEPAL; otra vez en Quito, en abril, en la II Reunión consultiva latinoamericana de ministros de Energía y Petróleo, y, por último, en Washington, en abril, en la III Asamblea General de la OEA.

Hace veinte años, los latinoamericanos estábamos en la mirilla de la poderosa plutocracia gobernante en los Estados Unidos. En el criterio de aquella plutocracia, éramos los llamados a evitar la crisis en que se debatía la economía norteamericana. Crisis originada principalmente porque el inmenso crecimiento de la producción industrial, favorecido por la guerra, estrechaba sus perspectivas a medida que se prolongaba la posguerra: el mercado europeo occidental, que el propio capitalismo yanqui había alimentado en la década anterior para mantener un canal abierto a sus exportaciones, se restringía en la misma proporción en que Europa se recuperaba, en tanto que la Guerra de Corea, fomentada por aquel capitalismo belicista, tocaba a su fin y no era suficiente para impedir la caída de las ganancias empresariales. Por todo esto, los intereses norteamericanos necesitaban que los latinoamericanos observáramos una férrea disciplina política y social dentro del sistema a fin de

expansión y de imposición a los pueblos latinoamericanos.

Ya hoy otros países se enfrentan a los Estados Unidos. De esta forma, son más y más los países que adoptan una actitud enérgica y firme frente a la prepotencia imperialista. Y es por eso que nosotros decimos que a partir del primero de enero de 1959 se produjo un decisivo punto de viraje en la historia de este Continente."

asegurar el éxito de la *good partner policy* en estas tierras, mantenidas hasta entonces por el imperialismo en algo así como barbecho, para su oportuna explotación intensiva. Y el momento era llegado. De ahí que todo aquello —cualesquiera que fuesen su voluntad y su carácter, ideológico o de hecho— que pudiera debilitar en lo más mínimo la férrea disciplina necesaria cayera bajo la nota de "comunismo" y bajo la consiguiente sanción del macartismo institucionalizado a escala internacional. Hasta lo más insignificante, como José Figueres, por ejemplo, era capaz en algún momento de provocar la suspicacia del sistema y degenerar en lo regocijante, como veremos luego.

En función de tales concepciones, para traducirlas en una acción práctica, Eisenhower y Dulles anunciaban reiteradamente un "cambio de política" *en favor* de la América Latina. En la primera semana de febrero de 1953, el secretario de Estado volvió a atacar la política de sus antecesores demócratas por sus relaciones hacia nosotros; Truman, según dijo, había seguido una "política de negligencia". Dulles exclamó tonante ante la Comisión de relaciones del Senado —y supongo que habrá producido consternación en los miembros de la misma— que en la América Latina había "una alianza funcional entre fascismo y comunismo", bestias apocalípticas unidas por "el odio contra el yanqui y el deseo de poner fin a las influencias del coloso del Norte", y comparó la situación latinoamericana con la de China veinte años atrás, cuando, en su opinión, "los Estados Unidos pudieron haber evitado el desenlace". Es decir, que, según Dulles, el triunfo de la Revolución china en 1949 se debió a la no intervención yanqui; *ergo*: para evitar algo parecido en la América Latina había que intervenir drásticamente, abandonar la "política de negligencia" de Truman.

Las palabras de Dulles ante el Senado tenían, sin embargo, una profundidad profética que su autor estaba muy lejos de querer darles. Justo veinte años después, como acabo de señalar, la marcha de la revolución latinoamericana es ya irreversible hasta para los miopes más recalcitrantes, y su triunfo es previsible "más bien temprano que tarde", como expresó recientemente el canciller cubano Raúl Roa ante el Consejo de seguridad de las Naciones Unidas reunido en Panamá. En modo alguno esto quiere decir que estemos frente a una repetición de la historia. Dulles incurrió en un error del tamaño de un rascacielos. Los Estados Unidos, durante los veinte años escogidos por Dulles como término de prueba, han hecho todo cuanto ha estado a su alcance "para evitar el desenlace" en la América Latina y tampoco han podido evitarlo, como no lo evitaron en China. O sea, que no fue la "política de negligencia" la causa del triunfo de la revolución latinoamericana en marcha. De esto

se deduce una conclusión importante: ni los Estados Unidos ni potencia reaccionaria alguna podrán jamás determinar los rumbos de la historia; esta la hacen los pueblos, y la voluntad de estos tiene a su favor las leyes de aquella. Las sucesivas derrotas del imperialismo yanqui (la más resonante, inferida por el heroico pueblo vietnamita), y el avance ascendente de la revolución latinoamericana en este último tercio del siglo XX son quizá las más grandes comprobaciones de este principio medularmente democrático que resulta ajeno y contrario a la hipócrita "democracia" burguesa y dizque representativa. También ella toca a su fin junto con el sistema que la sostiene y utiliza, Subrayé la frase *en favor* al referirme a la nueva política-anunciada por Eisenhower y Dulles para la América Latina porque ella entraña el concepto del favorecimiento yanqui hacia nosotros, muy similar al que ellos dan a la palabra *ayuda*. Esto quedó claro en la primera intervención de Dulles ante el Consejo de la OEA, el 23 de marzo de 1953, cuando reveló que el abandono de la "negligencia" y la inauguración de una "nueva política" *en favor* de la América Latina debería entenderse *pro domo sua*. En el siguiente párrafo de su discurso no lo dice así, explícitamente, pero lo transparenta sin duda alguna:

[...] debemos robustecer nuestra capacidad para defendernos de un enemigo que puede atacar desde dentro y desde fuera, con franca agresión o por medio de la subversión. La subversión, debemos recordarlo, ha sido el método preferido que ha impuesto a ochocientos millones de personas una servidumbre que es degradante y que niega la naturaleza del hombre.

Fácilmente se colige que quien necesitaba robustecer su capacidad defensiva era el capitalismo imperialista, que el "enemigo" era cualquier idea o actitud contrarias a ese capitalismo y comprendidas dentro del rublo general de "comunismo internacional", y que la "subversión" no era sino el justísimo deseo de los pueblos de liberarse de las horrorosas secuelas del llamado "modo de vida norteamericano" o, mejor dicho, del costoso tributo que esos pueblos estaban obligados a pagar para el sostenimiento de dicho "modo" en beneficio de los magnates yanquis. Una cosa era cierta, un terror sí era justificado en el ánimo de aquellas gigantescas cariatides del capitalismo: el avance del marxismo-leninismo en la América Latina y en todo el que vino a llamarse Tercer Mundo, porque esa filosofía era la que podía dar a los pueblos el arma ideológica eficaz para llevar adelante su revolución liberadora.

Nuevamente es necesario volver el tapiz al revés. Los primeros hilos de esa trama hay que buscarlos en octubre de 1952 cuando, durante la campaña electoral, Eisenhower criticó a los gobiernos demócratas que

lo antecedieron y a la política del "buen vecino", como también lo hacía Dulles. En uno de sus discursos de entonces, habló de cómo aquellos gobiernos habían cortejado a los latinoamericanos al inicio de la Segunda guerra mundial y cómo los habían olvidado una vez terminado el conflicto, y prometió que esa situación cambiaría si él llegaba al gobierno.

Llegó, y su primer paso para el cambio de política hacia la América Latina no fue otro que enviar a su hermano Milton en viaje de observación por nuestros países. Para algunos, como la Argentina, el viaje tuvo efectos no *en favor*, sino en contra, como veremos adelante.

El enviado tenía la misión de auscultar la realidad social, económica y política de la América Latina para proponer aquellos cambios que condujeran a "conseguir la unidad continental que todos deseamos". El informe del fraterno Visitador inclina a creer que este padecía de una solemne e incurable ingenuidad —cosa imposible en un hombre de la clase de los Eisenhower— porque ofrecía un cuadro realista y, naturalmente, desolador de la América Latina: sus terribles y urgentes necesidades, y el fermento social que estallaría si no se procuraban prontas y adecuadas satisfacciones. Ingenuo o no, lo cierto es que nada bueno salió del viaje de Milton Eisenhower por la América Latina entre abril y junio de 1953.

Los expertos en asuntos económicos planificaron la futura política norteamericana respecto de la América Latina sobre bases completamente diferentes de las que sugería el informe de Milton. Era la puesta en práctica de la *good partner policy*: inensificar las inversiones privadas y los lucros consiguientes, previamente garantizados y protegidos; incrementar las ventas de mercancías mediante la concesión de créditos para ese solo objeto; disfrazar tales créditos como inversiones de dólares —nominales— para cobrar después a los supuestos prestatarios dólares contantes y sonantes, a título de ganancias, intereses, capitales, etc.; vender los excedentes agrícolas y a la vez enmascarar el *dumping* con el caritativo lema de "alimentos para la paz", y, en fin, distorsionar las economías latinoamericanas para el mayor provecho de las grandes industrias y para solucionar problemas internos como el del desempleo. En otras palabras, *good partner policy* bien podría traducirse, para Latinoamérica, por: más descapitalización, más endeudamiento, competencia desleal, más extracción de materias primas, mano de obra barata, menos posibilidades de industrialización y presiones de todo orden para asegurar la eficiencia del sistema imperialista.⁷

⁷ En enero del presente año volvió a cobrar carácter de escándalo ante la opinión pública mexicana una denuncia que ya había provocado otro tanto en junio de 1952. En aquel entonces, el diputado por Michoacán y presidente de la Comisión de petróleo de la Cámara de Diputados, licenciado Natalio Vázquez Pallares, reveló

Mientras en Washington se planificaba la nueva política del "buen socio", a varios miles de millas de distancia, en Caracas, el Consejo interamericano económico y social de la OEA (CIES) se reunía para clamar en el vacío por una política menos extorsionista que la impuesta por los Estados Unidos en el curso de la Segunda guerra mundial. Los efectos de aquella política eran de tal manera ruinosos que hasta las dóciles oligarquías gobernantes se atrevían a formular sus quejas en el CIES. Como exportadoras de materias primas e importadoras de artículos industriales, dichas oligarquías resultaban afectadas en sus negocios con el único comprador y vendedor. Pero las soluciones, recomendaciones y dictámenes del CIES carecían de fuerza ejecutiva; el imperialismo podía despreocuparse y permitir el desahogo de los *latinos* porque el organismo reunido en Caracas era una tribuna inocua. Naturalmente, este hecho no impedía las negativas rotundas cuando los lamentos subían el diapasón para convertirse en peticiones y reclamos. Entonces, un *no* cortante acallaba al coro doliente. Justo es recordar que en febrero de 1953, además de Guatemala, que no concurrió a la reunión, se dejaron oír algunas voces que se apartaban de la sumisión general, como las de la Argentina y Bolivia.

A las burguesías dependientes latinoamericanas, exportadoras e importadoras, les dolía mucho en la bolsa la existencia de la Conferencia internacional de materiales (CIM), creada por los grandes capitalistas durante la guerra para mantener a un bajo nivel los precios de las materias primas necesitadas por las potencias occidentales beligerantes, así como para controlar su adecuada distribución. En las resoluciones de esa entidad, los países productores y vendedores de tales materias primas no tenían arte ni parte, aun cuando eran los primeros interesados en el proceso. Las potencias tampoco les daban participación en los comités de la CIM, los cuales manipulaban sus propios productos para distribuirlos estratégicamente se-

que ciertos contratos firmados en 1949 por Petróleos Mexicanos (PEMEX) con varias compañías norteamericanas sobre financiamiento y perforación, no sólo violaban la Constitución y la Ley orgánica de petróleo y su reglamento, sino conspiraban contra la nacionalización decretada por Cárdenas en 1938. Parece que el asunto fue acallado porque pronto terminó el período de Alemán y empezó el de Ruiz Cortines. Pero ahora, la revelación de un informe confidencial del Departamento de Estado norteamericano, ha reactualizado la cuestión. En ese documento se dice cómo el expresidente Alemán negoció con empresas norteamericanas el otorgamiento de concesiones petroleras. Alemán, potentado de setentidós años, lo negó, pero el licenciado Ignacio García Téllez, que fue secretario de Gobernación de Cárdenas, corroboró que aquel había entregado más de trecientos mil kilómetros cuadrados, entre 1948 y 1951, a empresas norteamericanas para la exploración, perforación y extracción de petróleo. (Se recuerda que, en 1949, estuvo en México la llamada Comisión Wolwerton y que rindió un informe al Congreso de los Estados Unidos sobre sus discusiones en torno a concesiones petroleras.)

gún prioridades impuestas por la conflagración mundial. Tal era el caso de los países latinoamericanos. El conflicto había terminado hacía ocho años, pero los precios de las materias primas seguían inmovilizados en el gigante cepo de la CIM.

En la Comisión de problemas de emergencia del CIES, en Caracas, los delegados argentinos plantearon la situación y propusieron que cuando una organización internacional ejerciera el control de determinados materiales, los países productores de los mismos, y no sólo los consumidores, estuvieran representados en esa organización; propusieron también que los comités en cuyas manos estaban las llaves de la distribución de los productos controlados por la CIM fueran disueltos una vez que se considerara terminada la situación de emergencia. Esto era tanto como liberarse de las restricciones impuestas a cuotas y mercados. Los argentinos quizá pensaran en sus carnes, en su trigo y en su lino. Sus dos ponencias fueron aprobadas por la mayoría, pero allí quedaron, en los archivos del CIES.

El buen socio estrangulaba a su *partner* con las dos manos. Mientras con una mantenía aherrojados los precios de las materias primas que compraba, con la otra elevaba *ai libitum* los de las manufacturas que vendía. Los latinoamericanos habían logrado acumular buenas reservas de divisas durante la guerra, pues, empeñadas en el conflicto sus grandes vendedores de artículos industriales, el ahorro fue una imposición de las circunstancias. Sin embargo, después de la guerra, al elevarse verticalmente los precios de las mercaderías que importaban de los países industrializados —y en ese momento sólo los Estados Unidos estaban, en condiciones de producir y vender en gran escala—, las reservas acumuladas por la América Latina se desvalorizaban en la misma proporción. De este modo, además, el gran vendedor recuperaba una parte de las ganancias que no había podido obtener durante la guerra. El CIES había preparado un estudio sobre este problema, pero su mismo secretario, obviamente manejado por los Estados Unidos, había resuelto archivarlo. Fueron los argentinos quienes pidieron la discusión del informe. Así se hizo, pero el documento, a la postre, fue de todas maneras al archivo.

A pesar del lenguaje esotérico empleado por los técnicos economistas y los organismos internacionales, ahora es casi del dominio común una expresión acuñada por ellos: "deterioro de los términos del intercambio". Ya prácticamente todos sabemos que ello no es otra cosa que la injusta relación comercial a la que nos tiene sujetos el imperialismo: nos paga lo que quiere —muy poco, desde luego— por lo que le vendemos, y nos cobra también lo que quiere —mucho, por supuesto— por lo que le compramos. Le vendemos barato nuestra materia prima y le compramos

caro los artículos procesados, elaborados en gran parte con nuestra misma materia prima. Ese estrangulamiento ambidestro fue planteado en la Comisión de política y desarrollo del CIES, en Caracas. La voz cantante fue aquí también la argentina, aunque con acompañamiento mexicano y salvadoreño.

Todavía no se aspiraba a poner el intercambio comercial en un plano equitativo. Eso no se ha logrado todavía hoy, y está lejos de obtenerse. En Caracas sólo se trató de abrir una investigación para determinar las pérdidas enormes sufridas por la América Latina al verse obligada a comprar artículos dos y tres veces más caros que antes de la guerra y vender sus productos a niveles muy inferiores a los de entonces. Como sólo se trataba de averiguar, los otros latinoamericanos estuvieron de acuerdo con la ponencia. Pero los Estados Unidos fruncieron el ceño y votaron en contra. Con esto, la proposición prácticamente quedó vetada: no se volvió a hablar del asunto. Mejor dicho, sí, se volvió a hablar, se siguió hablando durante veinte años y se sigue hablando todavía. Pero, salvo para Cuba, las cosas no han cambiado nada en esto de la inequidad en el comercio latinoamericano con los Estados Unidos.

En 1951 conocí en Washington a los delegados del gobierno conservador de Colombia, quienes también lo habían sido de los gobiernos liberales anteriores. Puedo decir que, dentro de la amplia gama de la diplomacia servil interamericana de la época, aquellos se distinguían de forma preminente por acatar no ya las instrucciones *sotto voce* norteamericanas, sino hasta los simples guiños del Departamento de Estado. Digo esto para que se vea que era absolutamente lógico esperar de la delegación colombiana al CIES la presentación de un proyecto que pedía a los gobiernos americanos la creación de un "clima favorable" a la inversión de los capitales extranjeros. El imperialismo no perdía oportunidad de asegurar el éxito de su política, y para ello usaba en el CIES, como testafarro, a uno de los gobiernos más fácilmente manejables. Ni la Argentina ni México quisieron compartir lo feo de la ponencia, aunque tampoco se atrevieron a objetarla de frente; usaron maneras diplomáticas, como correspondía dentro del sistema interamericano. Los argentinos dijeron que ese "clima favorable" debían crearlo las dos partes, tanto la inversionista como la otra. Los mexicanos se abstendían de votar porque alegaban que su desarrollo económico se realizaba primordialmente con capitales nacionales. Pero esto no era cierto; era sólo un modo de eludir la ponencia, como se verá enseguida.

Mientras docientos diez delegados debatían estos aspectos en Caracas entre el 9 y el 21 de febrero de 1953, el imperialismo reservaba un papel de *prima donna* a la OEA en la operación más importante que, por el momento, tenía entre manos en el Hemisferio Occidental: la "Operación Guatemala".

14-32° lat. N.
68-170° long. O.

RELEVO DE HOMBRES EN MÉXICO

La presencia de Richard Nixon en la ceremonia de toma de posesión del presidente electo de México, Adolfo Ruiz Cortines, el primero de diciembre de 1952, no fue meramente protocolar. El envío de un nuncio de tanta categoría evidenciaba la preocupación de los nuevos gobernantes norteamericanos respecto de los cambios que podrían ocurrir en el inmediato futuro, al asumir el mando los nuevos gobernantes de su vecino meridional. Varias y de diversa índole eran las razones de esa inquietud. Había la que podemos llamar "permanente", es decir, el hecho de la vecindad geográfica de los Estados Unidos con uno de los tres gigantes latinoamericanos; gigante en extensión, en población (más o menos treinta millones, entonces) y en potencialidad económica. Había la "histórica", o sea, el natural sentimiento antiyanqui nacido del recuerdo imprescriptible de agresiones e iniquidades cometidas a lo largo de más de un siglo contra el pueblo de México. Había la que me atreveré a bautizar de "coyuntural", dada por la proximidad al discolito gobierno guatemalteco, entonces presidido por Jacobo Arbenz, algo así como un pequeño Stalin sobreviviente en el área del Caribe y contra el cual habría que aplicar la "política de audacia" preconizada por Dulles, con la necesaria cooperación, aunque sólo fuera pasiva o de simple anuencia, del gobierno mexicano. Y había, finalmente, la poderosísima razón, la mayor de todas: la de los grandes intereses yanquis establecidos en México, tan cuantiosos, que hacían de gran parte del país algo parecido a una finca del "Gabinete Cadillac". A la cuantía de esos intereses se sumaba un motivo complementario de inquietud: el recuerdo de la expropiación petrolera, quince años antes, que aún dolía a Rockefeller y a sus consocios, estaba vivo, como un ejemplo para seguir, en la conciencia del pueblo mexicano. Por todas estas razones, había sido enviado un personero de los *big-big-business* de alto coturno a presenciar la asunción del mandatario mexicano don Adolfo Ruiz Cortines.

Realmente, no era para menos. El principal renglón de la economía mexicana, el minero, estaba casi totalmente en poder de la American Smelting and Refining Co., de la American Metal Co., de la Phelps Dodge, de la Anaconda Cooper Co. y de otras de las hoy llamadas empresas trasnacionales. No era esto todo. La Anaconda realizaba nuevas inversiones, el EXIMBANC concedía créditos para producir azufre, concentrados de magnesio y otros minerales con destino al mercado norteamericano, y el gobierno de los Estados Unidos gestionaba con el de México un pacto para adquirir derechos exclusivos sobre el uranio, el torio y otros materiales fisionables. Hasta el petróleo

nacionalizado estaba bajo la amenaza del imperia-lismo.*

En realidad, no había rubro importante de la economía mexicana libre de la penetración de los capitales yanquis. La Bond and Share y la Canadian and General Finance Co. se enmascaraban bajo la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza y otras. Igualmente, bajo la máscara de empresas filiales operaban, en la absorbida industria siderúrgica, los intereses de Mellon, de la Bethlehem Steel, de la American Smelting y otros. La industria química, en los renglones de producción de ácidos sulfúrico, nítrico y clorhídrico, de laboratorios químico-farmacéuticos y de producción de pinturas, plásticos, jabones, detergentes, dentífricos y artículos de tocador, estaba en poder de Hard Chemical Works (léase American Smelting), Sherwin Williams, Devoe, General Paint Co., Colgate Palmolive Peet Co., Procter and Gamble, Sanitary of Mexico, Du Pont, Parke Davis, Lilly, Abbot, Squibb, Sidney Ross and Co., Merk and Co., Max Factor, Bristol Myers Co., y tantísimas otras firmas y marcas igualmente familiares para los consumidores de los países dependientes y nada o casi nada industrializados, a través de la propaganda orientada desde los grandes centros industriales y comerciales de los Estados Unidos. No menos familiares eran las empresas dueñas de la industria alimenticia: Anderson Clayton and Co., Nestlé, Nesbit Fruit Products, etc. Monopolio de General Motors, Ford, Packard, Chrysler, etc., eran las plantas ensambladoras de automóviles. Las líneas aéreas, los servicios telefónicos y los transportes marítimos, así como la pesca del atún y de la langosta, y la captura y distribución camaronera en el Pacífico y en el Golfo, estaban también bajo fuerte control del capital yanqui.

La tecnificación de la agricultura dependía, en lo tocante a la adquisición de maquinaria, equipos de bombeo, fertilizantes e insecticidas, de las poderosas Ford, International Harvester, Allis Chalmers, Caterpillar, Case, Worthington, National Iron Steel Works, Anahuac Machinery Co., Penn Salto of México, Mission Brand y otras muchas subsidiarias de los grandes grupos económicos dominantes en los Estados Unidos. El comercio del algodón, desde luego, era negocio de la Anderson Clyton, y la producción del caucho, de la U.S. Rubber Co. por intermedio de la Continental Rubber Co., propietarias de grandes plantaciones de guayule.

A treintiséis años de haberse promulgado la Constitución de 1917, y a trece de haber concluido el gobierno agrarista de Cárdenas, subsistían inmensos

* David Wise y Thomas B. Ross en su libro *El gobierno invisible* (La Habana, 1966) citan la misma fuente: Dwight Eisenhower: *Mandate for Change*, vol. I, *The White House Years*, Nueva York, Doubleday and Company, Inc., 1963.

latifundios y, entre ellos, enormes extensiones de tierra en poder de intereses yanquis. Ejemplo de proporciones desconcertantes era el de la familia Greene, en Sonora, que tenía repartidas más de 270 000 hectáreas entre varias empresas: Cananea Copper Co., Cananea Sattle Co., Turkey Cattle Co., y Divisaderos Cattle Co.

Cuan pingüe era el negocio de las inversiones para los capitalistas norteamericanos y qué caro lo pagaba el pueblo mexicano lo evidencia este solo hecho: de 1940 a 1949, el aumento de la inversión extranjera fue de 1793 millones de pesos, mientras que, por concepto de esa misma inversión, salieron de México 2 278 millones. La fuente de donde tomo estos datos comentaba:

Junto a todo lo anterior, habría que añadir que México ha visto apoderarse a los inversionistas extranjeros de intereses cada vez mayores en la industria y el comercio, desde donde ejercen en muchos casos una ruinosa competencia al capital nacional, y desde donde influyen en la configuración de todo el proceso de nuestro desarrollo económico.⁹

Sin embargo, la composición del nuevo gobierno era más para tranquilizar que para preocupar a los norteamericanos. Todos los indicios parecían indicar que Ruiz Cortines no introduciría alteraciones fundamentales en la política de su antecesor, Miguel Alemán, sino que, al contrario, seguiría los lineamientos generales de este. Y tales lineamientos eran sumamente satisfactorios desde el punto de vista yanqui. El régimen de Alemán había dado marcha atrás a todo el proceso de la Revolución mexicana, especialmente en materia agraria y en las relaciones laborales. La clase obrera había sido drásticamente reprimida, los comunistas estaban fuera de la ley y el "clima" era altamente favorable a la inversión extranjera. Estas tranquilizadoras perspectivas fueron así sintetizadas:

[...] una serie de aspectos del nuevo grupo de colaboradores inmediatos del presidente indicaron la persistencia de la corriente alemanista: en primer lugar, la presencia de personas que en forma destacada y evidente intervinieron en el manejo que el gobierno del licenciado Alemán dio a la campaña electoral; en segundo lugar, la participación de personas a quienes la voz pública considera vinculadas estrechamente con la política económica del régimen anterior; por último, la asociación que establece el ánimo general entre varios de los nuevos colaboradores y las medidas represivas y antidemocráticas registradas en los últimos tiempos

en contra del movimiento obrero y de los grupos progresistas.¹⁰

En los primeros meses del gobierno de Ruiz Cortines hubo acontecimientos que parecieron contradecir el anterior comentario y apuntar hacia el cumplimiento de los planteamientos hechos por el primer mandatario en su mensaje de toma de posesión, prometedores de cambios positivos, como en todos los mensajes similares de todos los tiempos y lugares. Algunos de esos hechos fueron la campaña contra los monopolios para dar verdadera vigencia al artículo 28 de la Constitución de 1917, y la supresión, por decreto, de la firma Distribuidora México S.A., a la cual el régimen alemanista había concedido la distribución exclusiva de combustibles en el distrito federal. Este conocido monopolio tenía el agravante de involucrar intereses de amigos del expresidente Alemán y de él mismo.

Monopolios había también en la industria azucarera, en la banca, en los seguros y otras ramas, pero todos ellos, violatorios de la Constitución y de los principios revolucionarios, y contrarios al desarrollo y bienestar nacionales y populares, al menos eran mexicanos y no precisamente de los más perjudiciales. Lo eran las empresas abiertamente extranjeras o enmascaradas de nacionales que pertenecían a inmensos e intocables monopolios transnacionales, cuyas colosales bombas aspirantes e impelentes de dólares estaban en los Estados Unidos. La revista ya citada planteaba la cuestión en términos que la experiencia de muchos países dependientes ha confirmado como los únicos eficaces, tratándose de monopolios extranjeros:

[...] el gobierno tendrá que considerarlos dentro de la campaña recién iniciada. La lucha contra las grandes empresas extranjeras puede, y quizá deba, manifestarse también en una serie de medidas que vayan desde la regulación eficaz de algunas de ellas hasta la nacionalización de otras. Lo que *no debe hacerse* es respetarlas, así sean monopolios, con el simple e inaceptable argumento de que la lucha en este campo puede ser demasiado difícil y peligroso.¹¹

Aparte de otras, hay una evidencia palpable de que fue esto último precisamente lo que se hizo: sólo ahora, a los veinte años, en febrero de 1973, el Congreso mexicano ha emitido una ley que reglamenta las inversiones extranjeras. Según ella, estas inversiones deben ser complementarias de las nacionales y no desplazar a empresas mexicanas ni afectar a sectores cubiertos satisfactoriamente por ellas. Hace

dos años, la voz autorizada de Lázaro Cárdenas planteó la situación desde ultratumba, en su testamento político:

A pesar de las advertencias nacionalistas, sigue presente la indiscriminada penetración de capital norteamericano en la industria, el turismo y otros renglones de la economía y los servicios, con el respaldo de una banca subordinada a instituciones internacionales que representan a los principales inversionistas estadounidenses.

Este es el punto de vista del más eminente mexicano de nuestra época. Sin embargo, para el secretario de Estado norteamericano es bueno lo que para Cárdenas es malo; en su informe anual sobre las relaciones exteriores, publicado en Washington en abril de este año, William P. Rogers ofreció este pequeño cuadro de la situación mexicana:

México: Se espera que continúe creciendo la inversión norteamericana directa en vista del "clima económico mexicano relativamente favorable". Podría haber "algún cambio" en el ritmo o la clase de inversiones norteamericanas al ser consideradas por los inversionistas las actuales propuestas mexicanas, en el campo de la inversión privada extranjera. El segundo año de la administración de Luis Echeverría asistió a una mayor apertura de la cooperación.

Cuando Nixon asistió a la toma de posesión de Ruiz Cortines anunció que este y Eisenhower se reunirían después del 20 de enero, fecha de la inauguración del siguiente gobierno yanqui, "en el momento que fuera oportuno". El "momento" se presentó el 19 de octubre de 1953. Los dos presidentes se encontraron para inaugurar conjuntamente la Presa Falcón, imponente embalse en el río Bravo, entre los Estados de Tamaulipas y Texas. El discurso de Ruiz Cortines fue, naturalmente, conceptuoso, pero no alarmante para Eisenhower, dado que al sistema cuya personería ostentaba no le importan los conceptos, sino los hechos. Ruiz Cortines expresó ideas como estas:

El derecho internacional, por su parte, solo actúa como un instrumento decisivo y de solidaridad cuando se basa en la buena fe y en el respeto a la igualdad jurídica de los Estados [...] No podrá haber paz genuina y perdurable sin el reconocimiento del principio de la autodeterminación de los pueblos, es decir, sin el respeto a su independencia, soberanía e integridad territorial, así como a su derecho inalienable a regirse por un gobierno y un sistema económico de su elección.

Los mismos conceptos había expresado Ruiz Cortines el primero de septiembre ante el pueblo de México

en su primer mensaje presidencial, y el delegado mexicano en las Naciones Unidas, Mario Ramón Beteta, había votado la resolución que reconocía el inalienable derecho de los pueblos a disponer libremente de sus recursos naturales. Pero Eisenhower debió sonreír para sus adentros en la Presa Falcón al oír a su colega azteca, pues en esos días ya estaba montado el aparato yanqui destinado a pulverizar en la vecindad de México tan justos y bellos principios. Al parecer, Ruiz Cortines lo sabía.

5-25° lat. N.

55-100° long. O.

A TOUT SEIGNEUR, TOUT HONNEUR

Hace diez años, la casa editora Doubleday & Co. Inc. publicó el que supongo primer tomo de las memorias de Eisenhower, referidas a su primer período de gobierno, con el título de *Años en la Casa Blanca. Mandato y cambio: 1953-1956*. Sólo conozco, por la reproducción que hizo un periódico norteamericano, el capítulo titulado "Rojos en Guatemala", donde el expresidente norteamericano señala:

A mediados de octubre de 1953, el asistente de los Estados Unidos para asuntos interamericanos, John Moors Cabot, dijo públicamente que Guatemala estaba haciéndole el juego a los comunistas [...] Por aquel tiempo, un nuevo embajador, John Peurifoy, fue designado para Guatemala. El se había familiarizado con las tácticas comunistas en Grecia, donde había sido embajador. Peurifoy llegó rápidamente a conclusiones definitivas acerca de la índole del gobierno de Arbenz [...] Había que hacer algo pronto. La primera tarea fue guiar y cristalizar la opinión pública latinoamericana acerca del caso. La oportunidad se presentó en la Conferencia Interamericana de la OEA, reunida en Caracas, Venezuela, en 1954 [...] Nosotros, por supuesto, arvertiríamos a México y otros países amigos de nuestros planes.

Lo que sin duda alguna quiere decir Eisenhower al final de este párrafo es que necesitaba contar con los gobiernos representados en la OEA para llevar adelante un *plan master*, cuya fase final sería la conocida "Operación Guatemala", es decir, la intervención directa, con el visto bueno de aquella organización y la participación activa de algunos gobiernos del Caribe.

En cuanto a esta región se refiere, *Ike* no abrigaba duda alguna, pues casi todos los regímenes de la OEA le eran incondicionalmente adictos, desde el río Bravo hasta el Orinoco, comprendidas las tres "repúblicas" antillanas de entonces: Cuba, Haití y la Dominica. El grillete yanqui estaba bien ajustado alre-

dedor de este mar, tan trajinado en el curso de los últimos cuatro siglos y medio por descubridores, conquistadores, piratas e imperialistas. En la América del Sur, Colombia y Venezuela también estaban dentro del grillete, y para el resto, donde la disciplina panamericana no era todavía tan incondicional y monolítica, especialmente por las "veleidades nacionalistas" de Bolivia, Brasil y Argentina, ya los mecanismos de coacción, chantaje y soborno, manipulados especialmente por los hermanos Dulles, estaban en acelerada actividad a fin de dar adecuada solución a cada problema.

Ello constituía, no sólo por la situación especialmente crítica y tensa con Guatemala, sino porque los últimos tres países mencionados eran cada uno por sí mismo una amenaza al imperio de los *big-big business*, un estorbo a la buena marcha de la *good partner policy*, una suerte de heterodoxia irritante y un mal ejemplo para la necesaria armonía de la familia interamericana. De allí también que hubiera una receta para cada caso, ya en vías de aplicación con buenas perspectivas de éxito. Por eso *Ike* dice en su libro de memorias, muy honestamente, que se limitaría a "advertir" a "los otros países amigos" de sus próximos pasos contra Guatemala. Ni siquiera usa la palabra "consulta", consagrada dentro del panamericanismo para guardar hipócritamente las formas.

Desde el punto de vista yanqui, el panorama centroamericano y antillano era algo así como un jardín de las delicias. Dejaré a un lado a Batista y su régimen, pues uno y otro ya son objeto, naturalmente, de obligada retrospección cubana en este vigésimo aniversario del Moncada.¹² Sin embargo, nada perderá el jardín con la omisión de este floripondio, pues quedan en él no pocas especies rutilantes, dentro de las cuales sobresalen dos esplendorosos girasoles, suficientes por sí solos para caracterizar a nuestro Mar Caribe de 1953: Rafael Leónidas Trujillo y Molina, y Anastasio Somoza García. Les daré prioridad en este capítulo: *A tout seigneur, tout honneur*. Un Plutarco criollo encontraría en estos dos personajes, que debieron haber nacido bajo el signo de Geminis, un asombroso paralelismo, semejante a su contemporaneidad. El ascenso de ambos al poder y a la opulencia por los tortuosos caminos de la traición, el asesinato y el latrocinio fue parecidísimo; su pragmática inescrupulosidad a todo nivel, desde el internacional hasta el privado, era inconmensurable, y recorrió una amplia gama, desde lo audaz hasta lo frotresco; un indudable y proteico talento para la trapacería a escala mayor les era común; fueron tan "buenos vecinos" de un Roosevelt, como "buenos socios" de un Eisenhower, y tiranizaron plácidamente arrullados en los brazos tanto de una como

de otra tutoría yanquis por casi tres décadas, años más o menos; emulaban en un nepotismo sin recato; poseían una elasticidad de brazos insuperable para acaparar cuanto negocio olfatearan; su megalomanía nunca estuvo satisfactoriamente adulada; su churri-guerismo de opereta rayaba en lo circense, y fue difícil determinar cuál de los dos hizo correr mayor caudal de sangre y fue más sádico en sus métodos. En fin, para no alargar más estos perfiles, los dos murieron a balazos, si bien la historia eligió para ejecutar sus designios, brazos diametralmente diferentes: una gavilla de conmlitones al servicio de la CIA para Trujillo, y un poeta inmaculado y patriota, canonizado por el sacrificio, para Somoza. Con las respectivas estirpes se rompió el paralelismo, pues mientras la de Trujillo fracasó en su intento de perpetuar la herencia paterna, la de Somoza siguió y sigue en el poder y ya apunta una tercera generación con los Somoza-Portocarrero.¹³

18-20° lat. N.
68-72° long. O.

TRUJILLO, EL BENEFADOR

En 1953, estos Cástor y Pólux caribeños eran los únicos en pie de la constelación de tiranías gorilas instauradas en el área en la década de los años treinta. Astros apagados de esa constelación fueron Jorge Ubico, de Guatemala, Tiburcio Carias Andino, de Honduras, y Maximiliano Hernández Martínez, de El Salvador. Esto demuestra la versatilidad de aquellos y su aptitud para el equilibrio, semejante a la de esos muñecos que se bambolean, pero no caen. Sin embargo, Trujillo no ocupaba la silla presidencial: desde el 16 de agosto de 1952 había sentado en ella a su hermano Héctor Bienvenido, con la imprescindible presencia, también fraterna aunque no de sangre, de Anastasio Somoza. De inmediato, se había reservado el cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas de la república, pero, poco después, deseoso de ver un poco de mundo, se nombró embajador *at large* y representante permanente de la República Dominicana ante las Naciones Unidas, y partió para los Estados Unidos. Un testimonio de la época comenta cómo "desde este momento, los periódicos dominicanos dedican más espacio a narrar las actividades de Trujillo, El Benefactor, en los Estados Unidos, que a narrar las actividades de Trujillo, el

¹² Así, v. g., *Moncada: antecedentes y preparativos*, La Habana, 1972.

¹³ Julio, el segundo hijo del matrimonio Somoza-Portocarrero, de veinte años de edad, fue designado por su padre inspector general de distribución de alimentos, en enero de 1973, en ocasión del terrible terremoto que abatió la ciudad de Managua. Esto puede ser el principio de una exitosa carrera, como la de su padre y la de su abuelo. El primogénito de los hijos de doña Hope y Anastasio segundo es Anastasio tercero.

presidente de la República Dominicana".¹⁴ Una de esas informaciones es la compra de un "yate volador", es decir, de un avión privado provisto de baño y otras comodidades.

La actividad diplomática de Trujillo no fue precisamente relevante. Una sola vez concurrió a las Naciones Unidas, seguido por veinte guardaespaldas, y una vez también fué recibido por Eisenhower. No hay crónica conocida de esta entrevista en la cumbre, pero la chismografía diplomática y fisgona divulgó una anécdota, evidentemente inventada, pero muy plástica, respecto del personaje. Decíase que la audiencia en la Casa Blanca había durado protocolarmente cinco minutos, durante los cuales ni *Ike* ni El Benefactor pudieron hablar, porque el intérprete había consumido el tiempo en la enumeración de los títulos y dignidades del segundo.¹⁵ Volvió este a la República Dominicana en marzo de 1953, y su recibimiento fue apoteósico, como el de César a su retorno de las Galias.

Con tal rica experiencia diplomática, era natural que su próximo cargo fuera el de secretario de Relaciones Exteriores, que asumió el 5 de julio. Este año estuvo salpimentado con originalidades que dieron un regocijante colorido al viejo vicio del nepotismo, al ser remozado y refrescado con insospechadas ocurrencias y atrevidas infracciones de las convenciones protocolares y de los rígidos escalafones, y fueron como un batintín hasta en la solemnidad de las cortes europeas. Así sucedió cuando el Generalísimo designó a su hija menor, María de los Angeles del Corazón de Jesús, y a una sobrinita, ambas menores de catorce años, embajadoras en misión especial para la coronación de Su Majestad Isabel II, reina de Inglaterra. A su paso por Madrid, de regreso, las candorosas plenipotenciarias fueron agasajadas con un banquete, se supone que en El Pardo, por el jefe del Estado español, el también generalísimo Francisco Franco. Otra más: el 28 de septiembre, Rafael L. Trujillo Martínez, a la sazón con veinticuatro años, afectuosamente llamado *Ramfis* por toda la República, y jefe del Estado Mayor de la Aviación, fue ascendido al rango de mayor general. El 26 de noviembre, le fue conferida la Orden del Mérito Naval, además de las del Mérito Militar y Mérito Aéreo, que ya poseía el joven guerrero y mejor jugador de polo. Tales ascensos y honores no eran sino un paso más en una carrera militar sin precedente ni emulación posibles: a los cuatro años ya era coronel y a los nueve, gene-

ral de brigada. Un malintencionado cronista lo había descrito así, cuatro años antes: "Su hijo favorito, Ramfis, ha crecido encanijado, mimado y no le interesa la carrera militar. Esto ha sido un rudo golpe para Trujillo, quien había soñado con una dinastía [...] al grito de combate: ¡Trujillo eternamente!"¹⁶ Ya se sabe que no pudo ser. Fue otro el heredero: Joaquín Balaguer, el mismo que sucedió al Generalísimo y Doctor en la Cancillería dominicana el 27 de julio de 1953.

El lector se preguntará por qué me he detenido en ese anecdótico y dirá que eso es poco serio. Lo es, en efecto, pero lo he hecho porque esa era la tónica del régimen: igualmente bufos fueron otros hechos en los que el histrionismo usó otras máscaras. A ese género perteneció la defensa de la "libertad de prensa" dominicana que hizo Germán Ornes en el tinglado de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), reunida ese año en México, y que le valió una clamorosa recepción; dentro del mismo género hay que ubicar también el anuncio aparecido el 10 de noviembre de 1953 en el diario *La Nación*, de Ciudad Trujillo, de que El Benefactor repartiría entre colonos más de un millón de hectáreas de terreno de sus ingenios Río Haina, Catarey, Porvenir, Amistad y Montellano; y al mismo género, en fin, pertenece el voto razonado, en apariencia desconcertante, del delegado dominicano en aquella reunión del CIES de la que hablé en el acápite segundo. Pero esto último merece comentario aparte.

Se trata de la infeliz ponencia colombiana sobre "clima favorable" para las inversiones extranjeras. El delegado dominicano expresó que su gobierno "consideraba deseables las inversiones extranjeras, siempre que no fueran de las del tipo de la United Fruit Company, cuyos abusos son sobradamente conocidos". ¿No es como para que se nos escape un ¡ah! de asombro...? Pues no. Todo tiene su lógica, y este aparente rayo en seco de Trujillo, también. No se trataba de celo nacional, ni mucho menos de posición antimperialista. Nada de eso. Era una cuestión puramente personal entre Trujillo, el terrateniente más grande del país, y las propiedades azucareras norteamericanas vinculadas a la United Fruit, porque esos enclaves perturbaban el dominio total de Trujillo en su Isla. "Al final de su vida, Trujillo era real y totalmente propietario de Santo Domingo. A título personal, o por intermedio de miembros de su familia, poseía o controlaba toda la actividad económica, con excepción de sectores controlados por las sociedades norteamericanas."¹⁷ Esa excepción le exasperaba, y por eso hizo que hablara, como habló, su vocero en el CIES.

¹⁴ Jesús de Galíndez: *La era de Trujillo*, Buenos Aires. (Galíndez, profesor español republicano que vivió exiliado en la República Dominicana y sirvió al gobierno de Trujillo, murió asesinado en Nueva York —o desapareció de allí— en 1956, por agentes de El Benefactor. Según estadística de la época, este fue el asesinato número 141 en su género, es decir, a larga distancia.)

¹⁵ Ver: Marcel Niedergang: *Les 20 Ameriques Latines*, París, Du Seuil, t. 3, 1969, p. 181.

¹⁶ William Krehm: *Democracias y tiranías en el Caribe*, Buenos Aires, 1959.

¹⁷ Marcel Niedergang; op. cit.

Aún podría incluirse dentro del género bufo, con pretensiones de escenario mayor, la información echada a volar a todos los vientos de que el embajador Trujillo había propuesto al presidente Eisenhower una Conferencia panamericana para oponerse a la "penetración del comunismo internacional en América". Habilidosa *charlotada* para asumir la paternidad de una idea que ya estaba en marcha en las altas esferas imperiales. De esto tendré que hablar más adelante.

Lo que no estaba dentro de ese mundo de la farsa era el acuerdo militar firmado con los Estados Unidos y aprobado por el Congreso dominicano el 17 de abril. Tampoco lo estaban, desde luego, el sufrimiento del pueblo dominicano, los miles de muertos, la masacre de haitianos en la frontera, las víctimas de Luperón y lo que dio a esta tiranía un rasgo *sui generis*: el largo alcance de su venganza asesina, que llegó hasta La Habana, en el caso del dirigente azucarero Mauricio Báez, y hasta Nueva York, con las muertes de Sergio Bencosme, Andrés Requena y Jesús de Galíndez.

11-15° lat. N.
83-88° long. 0.

SOMOZA, EL PACIFICADOR

Somoza, en cambio, sí estaba en el ejercicio directo de la presidencia de Nicaragua. Hechura de la ocupación militar yanqui, lo mismo que Trujillo, y, como este, jefe de la constabularia creada por los ocupantes, era el dueño indiscutible de Nicaragua en lo político y en lo económico desde que fraguó e hizo ejecutar, con la complicidad del embajador yanqui Arturo Blis Lane, el asesinato de Augusto César Sandino en 1934. Dos años después, derrocó a su tío Juan B. Sacasa y se hizo presidente. Como Trujillo, realizó algunas retiradas estratégicas, dejando monigotes adecuados en su lugar para recuperar oportunamente el puesto, reservándose le jefatura de la guardia nacional y el cargo de senador perpetuo de la república.

En 1953, desde la presidencia, Somoza preparaba su nueva relección. (La más reciente había sido en 1950, y de paso sería la última porque en 1956 fue ajusticiado por el poeta Rigoberto López Pérez.) Conocida era su frase definitoria, acuñada veinte años antes: "Pienso permanecer en la presidencia no menos de cuarenta años; pero si los Estados Unidos me hicieran la menor insinuación de abandonarla, lo haría inmediatamente, pidiendo sólo garantías completas para mi persona". No lo hizo el gobierno, yanqui, pero sí el heroico suicida, sin el requisito de las garantías.

Ante la perspectiva del cambio de gobierno en los Estados Unidos tras las elecciones de 1952, Somoza consideró prudente asegurarse de que los republicanos tampoco le harían "la menor insinuación", como no

se la habían hecho los demócratas. Para ello viajó a Washington, donde fue recibido por Truman tan solemnemente como lo había sido por Roosevelt en dos ocasiones anteriores, y obtuvo el apadrinamiento de Eisenhower a cambio de su reconocida y ratificada incondicionalidad. Ese vínculo se objetivó con la estrecha camaradería del embajador norteamericano en Managua, Thomas E. Whelan, "matarife enriquecido, consejero de Somoza", según dice un biógrafo.¹⁸ "Tom, le decía el presidente; Tacho, le decía él. Tom y Tacho bromeaban, se hacían regalos mutuos y el primero defendía al segundo, llegando en más de una ocasión a justificar sus actitudes."¹⁹ Esa tradición de camaradería fue continuada por Anastasio II no sólo con el embajador Aaron Brown, "compañero de gran parte de la campaña electoral de Tachito", sino con su propio guardaespaldas, un eslabón perdido yanqui apellidado Van Winckle y, por lo mismo, conocido cariñosamente por *Rip*, a secas.

El viaje más sonado de Somoza fue el que hizo en 1953 por Suramérica. Perón le recibió en Buenos Aires y, según el comentario que escuché allá, no le hizo gracia alguna la visita.

Menos, muchísimo menos gracia hizo a Chichí Remón un escandalillo protagonizado por Tacho en Panamá que, incluso agitó las aguas opositoras en la Asamblea. Sucedió que, sin previo aviso, Tacho entró en la Base Albrook, de la fuerza aérea, situada en la Zona del Canal, y compró relojes, perfumes, encendedores y cigarreras por valor de 1 102 dólares y veinticinco centavos. En eso invirtió parte de los 1 700 dólares ganados en las carreras de caballos que se efectuaban en medio de los festejos por el cincuentenario de la independencia del país. Fue un gran negocio. En los comisariatos de la Zona, las mercaderías se compran a mitad de su precio porque, naturalmente, no pagan impuestos de importación en el enclave colonial. Esta desleal competencia, con cliente tan munífico, irritó al comercio hindú, libanés e italiano de la Avenida Central de la ciudad de Panamá. Supongo que también debió irritar al pueblo panameño, aunque por otras razones mucho más decorosas.

Podría pensarse que los relojes, cigarreras y demás chucherías eran, como se acostumbra al retorno de un viaje, para obsequiar a parientes y amigos. Pero la cuantía de lo adquirido y el conocimiento de la psicología del personaje no abonan esta optimista suposición. Para Somoza no había negocio desdeñable, por pequeño que fuera. Cuando, en agosto de 1952,

¹⁸ Ramón Romero: *Somoza, asesino de Sandino*, México, 1959.

¹⁹ Pedro Joaquín Chamorro: *Estirpe sangrienta*, México, 1957.

²⁰ Revista *Política*, México, 15-28 febrero de 1967.

estuve de paso en Nicaragua con otros diplomáticos centroamericanos, Somoza quiso agasajarnos personalmente con músicos, muchachas y caballos. Los primeros integraban la Orquesta General Somoza, según se leía en los atriles, y las segundas colaboraban en sus ingresos, según me dijo una de ellas candorosamente. Parte del agasajo fue un recorrido en bote de motor por su extensa hacienda Montelimar, en aguas del río Tipitapa. Iba él mismo al timón y llevaba a sus nietos a un lado. Por la tarde habíamos asistido a un desfile de sus mejores ejemplares equinos que terminó con *un show* especialmente preparado en el que un garañón cubría a una yegüita blanca. Al volver del paseo fluvial, una cola de hombres y mujeres del pueblo esperaba a *Tacho*, así nombrado por ellos, en la casa de la hacienda. Habían llegado desde Managua para ser recibidos en audiencia. Principiada esta, nos retiramos discretamente y tuvimos entonces la protocolar sorpresa sexo-musical de marras.

Las pinceladas anteriores, al igual que las referidas a Trujillo, son, ciertamente, frívolas, pero útiles para dar una semblanza ético-política del sujeto, una especie de rápido *ecce homo*, que ayuda a comprender su conducta en el plano internacional y su estilo de gobierno. Se comprenderá, por ejemplo, cómo repartió el Estado entre sus hijos igual que si se tratara de uno más de sus bienes de fortuna. Supo prever, y hay que reconocerlo, la continuidad dinástica de la familia. Su muerte no tomó a sus descendientes desprevenidos, pues encontró a Luis como presidente del Congreso y a Anastasio como jefe-director del ejército, jefe del estado mayor, jefe de la fuerza aérea y director de la academia militar. De esa manera, los muchachos entraron en posesión inmediata de la república como lo hicieron con el resto de la herencia. Sobre la cuantía de esta hay numerosas referencias en los libros y reportajes que se ocupan del causante. Como una pequeña muestra, me limitaré a repetir la enumeración de los bienes inmuebles que hizo una revista norteamericana en la necrología apologetica del patricio: cincuentiuna fincas y haciendas de ganado en Nicaragua una en Canadá y otra en Costa Rica; cuarentiocho casas de vivienda; cuarentiséis plantaciones de café y ocho de caña con sus respectivos ingenios; cinco edificios de apartamentos en Miami; una planta pasteurizadora; una fábrica de cemento y una mina de oro. Los muchachos, Luis y Anastasio, claro está, incrementaron la herencia, y diez años después de la muerte de su padre el diario *Baltimore Sun* (4 de febrero de 1966) decía: "La extensión de la fortuna de la familia Somoza es motivo de varias conjeturas, pero una fuente diplomática la calcula en la suma de 300 000 000 dólares [...] en un país donde el ingreso *per cápita* anual es de 313 dólares".

Con mucha mayor exactitud que en el caso de Trujillo, respecto de Somoza puede hablarse de una coexistencia pacífica con las empresas yanquis en

territorio nicaragüense. El país no es bananero, ni azucarero, ni petrolero, ni cuprífero, ni estañífero. Allí los intereses del capital norteamericano explotan especialmente las minas y la madera, y mantienen con los Somoza un satisfactorio *modus vivendi*. Por los años a que me estoy refiriendo, las minas, especialmente las de oro, pertenecían a empresas como la Luz Mines Ltd, del consorcio Fletcher, la Compañía Minera El Jabalí, la Neptune Cold Mining Co. y la India Mines Ltd; y la madera, a la Long Leaf Pines Co. y a la Cukra Development Co. En la década de los años cuarenta, las inversiones yanquis se calculaban en 8 858 000 dólares, sin contar las de la Rubber Reserve Co., que explotó el caucho nicaragüense hasta 1946, fecha en que cesó el interés por este producto al terminar la Segunda guerra mundial. El *modus vivendi* consistía en un 25% de las utilidades mineras y en un 4,5% de las madereras, percibidos por Somoza al margen del impuesto fiscal de 3,5% y de 2,5% respectivamente. Esta era la llamada "contribución adicional".

En su libro de dudosa paternidad *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*, Somoza reproduce el decreto presidencial del 14 de septiembre de 1936 gracias al cual se le concedió, simultáneamente, la Cruz del Valor, la Medalla de Distinción y la Medalla Presidencial del Mérito. Entre otras cosas, el decreto consideraba que "el mayor general Somoza, exponiendo su vida con extraordinario heroísmo, con su prestigio de jefe, con la lealtad de la guardia y con su indudable arraigo popular, salvó a la república del caos de la anarquía [...]" Este reconocimiento de méritos alude principalmente al asesinato de Sandino y a la subsiguiente masacre de la colonia pacífica de exsandinistas de Wililí. De allí, pues, el título de Pacificador con que solía presentarse y que él prefería, como Bolívar el de Libertador-presidente.

Somoza puso buen cuidado de que el tiempo no tornara borrosas las letras de ese título; siempre supo cómo refrescar sus colores con sangre de nicaragüenses. En abril de 1954 se le presentó una de las mejores oportunidades de hacerlo cuando entró por Cárdenas, en la frontera con Costa Rica, un grupo de veintiséis patriotas armados y dispuestos a recuperar a su patria para la libertad y la decencia.²¹

Somoza venteaba esas situaciones y contaba, lógicamente, con un eficiente espionaje del otro lado de la frontera para seguir los pasos a los muchos emigrados *nicas*. Además, tenía dos cosas que originaron

²¹ Entre las víctimas de aquella masacre figuró Luis Báez Bone, a cuya memoria dediqué mi obra *El tren amarillo* (teatro). Güicho Báez, como le decíamos en Guatemala, vivió lo mejor de su juventud entre nosotros. Militó en el Frente Popular Libertador de los años democráticos y dejó una familia guatemalteca. Era entrañablemente afectuoso y marchó a la muerte siguiendo a su hermano Adolfo, por la dignidad de Nicaragua.

el episodio al que aludí al principio de estos apuntes y en el que Figueres fue protagonista involuntario y pasivo: la primera, su enemistad jurada al pequeño vecino; la segunda, sus vínculos estrechos con la CIA a través del embajador Tom Whelam.

Figueres había surgido a la vida pública cinco años antes, cuando derrocó por las armas a Teodoro Picado, tan amigo de los comunistas costarricenses como de su poderoso vecino nicaragüense. Situación paradójica, difícil de entender para quien no conoció a la Centroamérica de entonces. Figueres había contado con el apoyo del presidente de Guatemala, Juan José Arévalo, el mayor enemigo político de *Tacho*, y tenía íntima relación ideológica y personal con Rómulo Betancourt, el acérrimo rival de Trujillo en el Caribe y cuasi consanguíneo de Somoza, como sabemos. Toda esta maraña, en la cual estuvo involucrado Carlos Prío Socarrás, dio origen a un mito que fue explotado por la propaganda de las cadenas yanquis y alimentado por el binomio Trujillo-Somoza: la existencia de un ejército fantasma formado por exiliados *rojos* y financiado y armado por Rómulo, Arévalo, Figueres y Prío, denominado Legión del Caribe, al que se atribuían acciones como los frustrados intentos de Cayo Confite (1947) y Luperón (1947) contra Trujillo y el derrocamiento de Picado. De allí que Somoza procurara hacerle la vida imposible a su vecino, militarmente mucho más débil, aunque ensordecedoramente parlanchín.

Fue así como el mago de la artimaña que era *Tacho* convenció a la CIA, siempre contando con su amigo *Tom*, de que Figueres era "comunista" y todo lo demás que de ahí se deriva. Este es el momento en que, con todo el respeto debido a la sangre de los patriotas de abril de 1954, las cosas se ponen regocijantes, como dije en su momento. Figueres había sido electo para la presidencia de Costa Rica el 26 de julio de 1953, exactamente el mismo día del asalto al cuartel Moneada, y desde ese entonces la CIA preparó su derrocamiento por constituir un peligro grave para el mundo occidental y para la paz y la seguridad del Continente, dada su vecindad con el canal de Panamá. El absurdo no se quedó en Centroamérica, sino que llegó hasta el mismísimo Senado norteamericano:

En marzo de 1954, en el transcurso de un discurso en el Senado, el senador Mansfield citó una información periodística en el sentido de que un agente de la CIA fue sorprendido *in fraganti* cuando intervenía el teléfono de José Figueres. "No tengo que subrayar el tremendo impacto que esta clase de actividades podría tener en nuestra política exterior", dijo, y pidió un control más estricto por el Congreso sobre la CIA. Su advertencia, sin embargo, no produjo efecto alguno aparente en las actividades de

la Agencia Central de Inteligencia contra Figueres.²²

7-11° lat. N.
82-86° long. O.

FIGUERES, UN BURGÉS PEQUEÑO

La verdad del caso era, por supuesto, muy otra. Cuando triunfó en las elecciones el Partido Liberación Nacional, de Figueres, su apologista Harry Kantor, de la Universidad de Florida, que es también exégeta del aprismo, escribió:

Todos los amantes de la democracia en América se han llenado de alegría por la victoria de José Figueres y del Partido Liberación Nacional en las elecciones realizadas el 26 de julio último. Habiendo ocurrido en momentos en que brutales dictaduras destrozan a diversos pueblos del Continente, la victoria de un movimiento democrático en Costa Rica puede ser el primer signo de un resurgimiento del gobierno democrático en toda la América Latina. Porque Figueres y el Partido Liberación Nacional representan el mismo tipo de movimiento de los apristas del Perú, Acción Democrática de Venezuela, Partido Liberal de Colombia, el MNR de Bolivia, etc.²³

Para el norteamericano Kantor, Figueres era un adalid de la democracia porque, simplemente, no hacía sino mantenerse dentro de las prácticas tradicionales de Costa Rica, es decir, de la tolerancia política, como lo eran Rómulo Betancourt y Haya de la Torre, que entonces estaban en contra de los déspotas de turno en sus respectivos países: Marcos Pérez Jiménez y Manuel Odría. Pero Figueres era un acaudalado caficultor medularmente adicto al *american way of life* por razones de clase y casta, cuya política consistía esencialmente en negociar con los Estados Unidos y obtener de ellos las mayores ventajas posibles. Por eso se proponía gestionar la revisión de los contratos con la United Fruit Co., a fin de que esta reconociera a Costa Rica el cincuenta por ciento de las utilidades. La fórmula era aprendida de Rómulo Betancourt, quien la había propugnado para el petróleo cuando presidió la junta de gobierno de Venezuela entre 1945 y 1948.

Por su fe capitalista y para la obtención de esas ventajas, así como para no hacerse sospechoso de izquierdismo a los suspicaces ojos yanquis y para evitar que llegaran a los oídos norteamericanos las

²² David Wise y Thomas B. Ross: *op. cit.*

²³ Harry Kantor: "Figueres y el Movimiento de Liberación Nacional", en revista *Humanismo*, México, n. 13, agosto de 1953.

intrigas del diabólico Somoza, Figueres era —y es— un perfecto peón del sistema interamericano. Ello suponía una alineación incondicional a la política anticomunista de Washington, concretada en la hostilidad hacia los comunistas costarricenses, en el ofrecimiento de un campo propicio a los agentes de la Organización Interamericana de Trabajadores (ORLT) para sabotear el auténtico sindicalismo latinoamericano, y en el apoyo a la campaña desatada contra Arbenz. Esa fue la tónica del período de gobierno que inició Figueres en 1953.

Manuel Mora Valverde, líder de Vanguardia Popular (partido comunista), al enjuiciar a Figueres y a Mario Echandi, vencedor electoral en 1958, subraya: "echandistas y figueristas nos han dado palos cada vez que han podido y que les ha convenido. Ambos han considerado siempre que su carta de triunfo está en apalearnos y no en buscar nuestra alianza. Porque suponen que la mesa donde se baraja el naipe está en Washington y no en Costa Rica".²⁴

Veinte años después, Figueres sigue creyendo lo mismo, aunque según parece, ya empieza a ponerlo en duda.

13-15° lat. N.
85-90° long. O.

LA "VACA" GORDA

Oscar Osorio llevaba prácticamente cinco años de gobierno en El Salvador: dos *de facto* y tres constitucionales. Triguero, braquicéfalo, sonriente y macizo en su pequeña estatura, cada vez que me encontraba frente a él me recordaba, por asociación, las caritas sonrientes de la vieja artesanía totonaca. Quizá el presidente salvadoreño tuviera ancestro pipil y de allí le viniera su semejanza con esa minoría indígena de El Salvador descendiente de una remota emigración mexicana que cruzó Guatemala por la costa del Pacífico.

La estructura socioeconómica del menor y más poblado país centroamericano no había sido propicia al surgimiento de un propietario omnímodo y único del país, al estilo de Somoza y Trujillo. Ciertamente, nueve años antes había sido derrocado un despótico general, Hernández Martínez, después de trece de autocracia con ingredientes teosóficos (!!). Pero este hombre había hecho méritos a los ojos de la oligarquía cafetalera al sofocar en 1932 un alzamiento "comunista" de campesinos indígenas, en Izalco y Nahizalco, con el saldo de más de veinte mil de ellos asesinados. De igual manera había sido derrocado en 1944, cuando lesionó con impuestos los intereses

de aquella clase cafetalera. Desde luego, fue el pueblo quien dijo la última palabra.

En El Salvador, en vez de una sola familia arribista al estilo de la de Somoza, son catorce las que han tenido el poderío económico y constituido una casta pseudoaristocrática de ricos de larga data. Los apellidos son muy conocidos y algunas veces han figurado directamente en la política: Dueñas, Regalado, Goldree Liebes, Meza Ayau, de Sola, Sol Millet, Guirola, Alvarez, Meléndez, Meléndez Castro, Borghi Daglio, Quiñones, García Prieto y Vilanova. En 1937, cuando visité por primera vez la ciudad de San Salvador, oí al pueblo hablar de "la vaca"; después supe que se trataba de aquellas catorce familias que controlaban "la banca" salvadoreña. Un *calembour* sarcástico, una manera popular de definir la situación: la oligarquía organizada en la Asociación Cafetalera de El Salvador dominaba el Banco Central de Reserva, creado por Martínez en 1934 para exclusivo beneficio de esa clase semifeudal.

Esto no lo podía cambiar Osorio, ni tampoco lo intentó. Si lo hubiera hecho, seguramente yo no lo hubiera alcanzado a conocer como presidente en 1951. En 1948, siendo mayor, contribuyó a derrocar a Castaneda Castro, "la mica empolvada" para el pueblo, cuando estaba fraguando su relección. Osorio integró entonces una junta de gobierno con otros dos militares y dos civiles, y en 1950 fue elegido presidente, sin oposición. Es decir, se autoeligió, con la anuencia de los cafetaleros; de otro modo no hubiera sido posible. Para ello organizó, desde el poder y con los recursos del mismo, el Partido Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD), y emitió una Constitución que, en comparación con la política de sus antecesores, aparecía como moderna y progresista. En ello quedó plasmado el programa de la llamada Revolución de 1948.

Eso podía hacerse porque entonces "la vaca" estaba eufórica. No es necesario, en este caso, acudir al símil de las vacas gordas bíblicas, pues se trataba de una sola, verdadera y robusta "vaca": la oligarquía cafetalera. Sus clientes yanquis, sus principales compradores, le estaban pagando precios óptimos por el grano: 77 y hasta 94 dólares por quintal. Cosa nunca vista antes. Esto, como es obvio, enriquecía al Estado con los impuestos sobre las exportaciones, que dejaban un saldo favorable de 16,5 millones de dólares. Los depósitos del gobierno en el Banco Central de Reserva alcanzaban niveles inusitados, y el colón (unidad monetaria) se estabilizaba a dos y medio por dólar. Por esta razón, la oligarquía dejaba que Osorio hiciera una política populista y medio *peronizante*, siempre que no le tocara el trigémimo, o sea, el bolsillo.

En situación tan bonancible, el régimen podía mostrarse "nacionalista", emprendedor y democrático. Por un lado, realizaba obras de envergadura, tales como la modernización del puerto de Acajutla y la cons-

²⁴ Manuel Mora Valverde: *Dos discursos en defensa de Vanguardia Popular*, Costa Rica, folleto, 1958.

trucción de la hidroeléctrica de Chorrera del Guayabo sobre el río Lempa, en su mayor parte con capital nacional. Para ello fueron creadas las "Comisiones ejecutivas" del Puerto de Acajutla (CEPA) y del río Lempa (CEL). Por otra parte, legislaba sobre derechos laborales largamente exigidos por la clase obrera salvadoreña, defraudada por los anteriores gobiernos oligárquico-militares: seguro social, salario mínimo, jornada máxima, horas extras, vacaciones, etc. Esta legislación, y que se parecía al código del trabajo emitido en Guatemala durante el gobierno de Arévalo, no alarmaba a los barones del café; ella sólo beneficiaba a los obreros urbanos de las pocas industrias y comercios, y "la vaca" todavía no tenía mayores intereses en esos ramos; era justo entonces cuando empezaba a incursionar en ambos campos, invirtiendo parte de sus exorbitantes ganancias agrícolas. Tampoco había riesgo de chocar con la United Fruit Co. porque, a diferencia de Guatemala, Honduras y Costa Rica, El Salvador no era país bananero. Solamente la International Railways of Central America (IRCA), subsidiaria de la frutera, poseía la red ferrocarrilera que cruza el territorio salvadoreño y el puerto de Catuco, su terminal en el Golfo de Fonseca. Precisamente por esto parecía "nacionalista" la modernización de Acajutla.

Arbenz, en cambio, era un terrible mal ejemplo porque había emitido una ley de reforma agraria. Eso hacía temblar las ubres de "la vaca" pues la consigna de reforma agraria podía llegar, y estaba llegando desde el otro lado del río Paz, importada por "agitadores comunistas".

Para agravar el problema, los departamentos de Santa Ana y Ahuachapán, fronterizos con Guatemala, constituían, junto con los de Sonsonate y la Libertad, la región cafetalera: densa, explotada y explosiva. Aún se recordaba la hecatombe de 1932. Fue aquí donde ecalló el pretendido democratismo de Osorio. El café dio las pautas políticas: la primera fue la emisión de la Ley de defensa del orden democrático y constitucional, ley de discriminación y persecución ideológica, reaccionaria y represiva como todas sus similares de la época; la segunda, en 1952, fue la aplicación de dicha ley, con la vesania acostumbrada por los cuerpos encargados de la represión, contra dirigentes obreros y estudiantiles y contra militantes de partidos democráticos o simplemente sospechosos de "comunismo"; la tercera, sumarse a la conjuración interamericana para liquidar al régimen revolucionario de Guatemala. Se verá.

13-16° lat. N.
83-89° long. O.

UN PROCURADOR DE LA UFCO.

Tampoco en Honduras hubo ningún propietario nativo único y omnímodo, ni una familia ni varias que

lo fueran. Ese papel lo desempeñaba en 1953 la Tela Railroad Co., nombre hondureño de la United Fruit Co. después de una azarosa historia que comprendía lo que iba de siglo contra sus rivales bananeros. Quien presidía entonces la república era nada menos que el abogado de la propia compañía: Juan Manuel Gálvez. Los vínculos de este con aquella se remontaban a la época de su antecesor Tiburcio Carías, a quien sirvió como ministro de Guerra. Servir a Carías era servir a la frutera.

Tiburcio Carías Andino, "el tigre de Zambrano", era físicamente un mastodonte, con título de abogado y grado de general, testaferro de la United Fruit Co. en la presidencia del Congreso cuando esa compañía le disputaba a la Cuyamel la exclusividad en la explotación de la costa norte hondureña. Antes había sido montonero y candidato por el partido conservador, autollamado Nacionalista. En 1932, fue elegido presidente, sin opositor, en unas elecciones químicamente bananeras. Gobernó como un patriarca bárbaro, y durante sus dieciséis años de mando la United hizo de la costa norte de Honduras algo así como la capital de su imperio bananero del Caribe. En 1944 cayeron Ubico, en Guatemala, y Hernández Martínez, en El Salvador. Somoza y Carías se tambalearon. A este lo salvó la compañía, y fue entonces cuando Gálvez escribió su mejor hoja de servicios, la que debería llevarlo a la presidencia cinco años después: la masacre de San Pedro Sula, en el corazón del enclave frutero.

Las tensiones sociales y políticas se agudizaban en la Honduras de esos años por la extrema miseria del pueblo, el más pobre quizá de Centroamérica —lo cual quiere decir mucho— y por el terrible atraso del país. Casi el único progreso era el de los trenes fruteros de la Tela. Tal vez aconsejado por sus patrocinadores de la empresa, y temiendo las inevitables influencias del régimen progresista guatemalteco, Gálvez varió formalmente la tónica de gobierno respecto de Carías. Procuró dar la imagen de una tímida democracia política, de algo menos arcaico que su antecesor. Con ayuda de técnicos centroamericanos, incluso guatemaltecos, fueron fundados los bancos Central y de Fomento, y el gerente del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS) estuvo en Tegucigalpa para estudiar la creación de uno similar en Honduras. Por otra parte, permitió una original libertad de prensa: mientras su principal opositor era *La Epoca*, propiedad de Carías, el mismo, que lo había hecho presidente, clausuraba el periódico obrero *Vanguardia Popular*. Hay que advertir que la clase obrera, casi en su totalidad, estaba constituida por los trabajadores agrícolas de la Tela Railroad.

Todo lo demás eran buenas intenciones. Los diputados, ciertamente, gozaban de la libertad de palabra y se permitían hacer recomendaciones progresistas tales

como la fundación del seguro social, la creación de una dirección de minería —ya que Honduras era, desde la época colonial, rico en minerales— y de una dirección general del trabajo. Pero, satisfecha la buena conciencia de los diputados, el gobierno hacía oídos sordos a sus proposiciones. El caríismo, en realidad, seguía en el poder. Cariísta de los mayores era el vicepresidente, Julio Lozano, al mismo tiempo ministro de Gobernación, Justicia, Sanidad, Beneficencia, Fomento, Agricultura y Trabajo. Relaciones Exteriores estaba a cargo de otro cariísta, un vestigio sobreviviente a quien conocí en San Salvador en las conferencias de cancilleres centroamericanos, de 1951: Edgardo Valenzuela.

Se comprenderá que un gobierno así tenía que considerar "comunistas" cualquier legislación laboral y cualquier intento de organización sindical. Ambas cosas venían dando recios dolores de cabeza a la United Fruit Co. en Guatemala. No permitiría ella que se reeditarán en Honduras, y para eso estaban sus edecanes en el gobierno. Conocido el cuadro, aunque sea a grandes rasgos, se comprenderá fácilmente el resto de la historia, que viene casi a continuación. Pero antes conviene, por cuestión de orden, cerrar este periplo por Centroamérica y las Antillas.

18-20° lat. N,
72-74° long. O.

PRESIDENT BON PAPA

Nadie apostaría un *gourde* en favor de la veracidad de Trujillo cuando desmintió una información del *New York Times* según la cual Haití temería "a la poderosa dictadura de su vecino". "La República Dominicana no tiene designios sobre Haití, insistió el Generalísimo [...]", rezaba un despacho fechado en Ciudad Trujillo (es decir la capital dominicana, así rebautizada) el 23 de marzo de 1953. Ese desmentido no se podía creer por dos razones: la primera, porque lo hacía Trujillo, y la segunda, porque no lo abonaba la historia haitiano-dominicana a partir de 1822. Esa historia estaba punteada de agresiones, amenazas, temores e intrigas, y en ella figuraban haitianos como Boyer y Souluque y dominicanos como Santa y Buenaventura Báez, en la parte sucia. Los más recientes capítulos, a cargo de Trujillo y de Elíe Lescot, figuraban entre los más sucios, con sangre haitiana y dinero dominicano. El primero, en 1937, era la masacre de quince mil haitianos en la frontera, ordenada por Trujillo. El segundo era el soborno por 35 000 dólares que, según rumor público, Lescot había aceptado de Trujillo, en 1946, *un crime qu'aucun Haïtien ne pouvait excuser après les effroyables exécutions de 1937, encore présents dans toutes les mémoires*, para

decirlo en el idioma de la *élite* de Puerto Príncipe;²⁵ Crimen que, según la misma crónica, fue el detonador para que el propio comandante de la guardia presidencial encabezara un golpe militar contra Lescot y lo exportara *par avion* a New York, donde murió justamente en ese año 1953. El Comandante era Paul Magloire:

Las circunstancias de que al ser también derrocado Magloire, en 1956; y tras casi un año anárquico, Du valier irrumpiera en la historia haitiana con sus ordalías sangrientas, sus tenebrosas maquinaciones, sus *tonton-macoutes* y su monarquía *de facto*, vitalicia y hereditaria, que lo asimila muy mucho a Trujillo y a Somoza aunque haya llegado con dos décadas de retraso al convite de los sátrapas, vino a dejar fuera de foco a Paul Magloire en la escena del Caribe. Sin embargo, este poseía en potencia todas las Condiciones requeridas para figurar en el bestiario caribense, junto a sus colaterales Batista y Trujillo y a su vecino de enfrente, Somoza. Sólo le faltó tiempo para desarrollar esas potencialidades.

Magloire era también un producto de la ocupación yanqui de 1915-34, como egresado de la escuela de gendarmería dirigida por los *marines*, y, en consecuencia, perteneció a la constabularia represiva, ejecutora del asesinato del Sandino haitiano: Charlemagne Péralte. Cuando cesó la ocupación, Magloire quedó como ayuda de campo del presidente títere Stenio Vincent. Como mayor del ejército, y con otros dos militares, dio el golpe de mano que derrocó a Lescot, frustró un movimiento popular y democrático en marcha, e integró la junta militar que impuso la seudoelección de Estimé en 1946. Cuatro años después, reditó la historia al defenestrar al mismo Estimé y constituir otra junta militar, con la variante de que, en vez de imponer a otro candidato, se impuso a sí mismo.

En 1950, introdujo la elección directa o de primer grado y se proclamó elegido por 150 000 votos contra 20 000.

La concesión del voto universal a las masas fue el primer paso demagógico. A partir de allí, se esforzó por aparecer ante aquellas masas como un *président bon papa*, encarnación del *bon Dieu bon* de la creencia popular. También El Benefactor, su vecino, había acuñado la consigna "Dios y Trujillo" en letras de neón. En orden de teatralidad, megalomanía y nepotismo, Magloire no cedía ante el dominicano y el nicaragüense.

De entrada, restableció en el palacio presidencial una *étiquette presque royale*, que no se veía desde los días de Faustin I, Souluque. Un turista podía ver pasar lujosos automóviles oficiales con la inscripción ¡Viva

²⁵ "Crimen que ningún haitiano podía perdonar después de las espantosas ejecuciones de 1937, presentes aún en todas las memorias." (Marcel Niedergang: *op. cit.*, p. 168.)

EL PRESIDENTE MAGLOIRE, Esperanza del Pueblo!, y leer en el Campo de Marte la frase ¡Viva el Presidente MAGLOIRE! también en gas neón, como la de Trujillo, junto al anuncio de la Coca Cola.²⁶ Ese mismo turista podía leer los anuncios de la Régie du Tabac Républi-c d'Haiti, que invitaban a *saboréales dernières créations, te délicieux cigares Indépendance y Mille huit cent quatre*, entre los cuales figuraba el *Magloire*, junto con el *Bassin bleu*, el *Creme*, el *Couronne* y el *Fleur d'Haiti*. Por último, nuestro turista vería una *cité* Magloire al transitar por el bulevar La Saline, la cual le haría recordar que en el mismo Puerto Príncipe, no lejos de allí, viniendo del aeropuerto, por Delmas, había visto otra *cité* Magloire. Aficionado al fútbol, el turista podía ver un partido en el Estadio Magloire.

La imagen del presidente *bon papa* llegaba a las clases *peu fortunées* a través de beneficios bien publicitados como cantinas populares, restaurantes baratos, guarderías infantiles, hogares-escuelas y otras obras sociales que realizaba la dinámica primera dama, directora de la Fundación Mme. Paul E. Magloire. Creo que aquellas obras existían en la medida necesaria para preservar la imagen buscada, porque lo permitía la bonanza económica del momento. No creo, en cambio, que otro aspecto "social" haya llegado a las clases menos favorecidas. Me refiero al que tenía a su cargo a *Madame* Herzulie Magloire Prophete, *Inspectrice des Arts ménagers*, dama de indudable buen paladar, experta en cocina haitiana, que se deleitaba escribiendo en homenaje al tricincuentenario de la independencia de la patria:

*Que dire d'un Poulet a l'Haitienne, bien assaisonné et roussi, avec une bonne sauce aux tomates; ou d'un bon plat de mais moulu, bien lié, collant, bien battu avec toute sa farine-hors de ligne-agrémenté d'un poisson en pimentade?*²⁷

Los artículos culinarios de Mme. Herzulie eran toda una radiografía social de Haití, pues mientras hacía chuparse los dedos a la *élite* con el pollo a la haitiana y otras maravillas de manteles largos, tranquilizaba la conciencia de esa misma *élite* y de sí misma, para una buena digestión, sabiendo que, por su parte

Les paysans haïtiens tirent d'ailleurs le meilleur parti de ces riches nourritures que la nature a si gracieusement mises à leur disposition en

²⁶ Tibor Mende: *América Latina entra en escena*, Santiago de Chile, 1956, p. 284.

²⁷ "¡Qué decir de un 'pollo a la haitiana' bien sazonado y doradito, con una buena salsa de tomates; o de un buen plato de maíz molido, bien unido, pastoso, con toda su maravillosa harina, y adornado con un pescado decorado a su vez con pimientos?" (Mme. Herzulie Magloire Prophète: "La cuisine haïtienne", en *Formes et couleurs. La Revue Internationale des Arts, du Goût et des Idées*, n. 1, deuxième série.)

*composant des raves peu couteux quant au prix, mais très riches quant à l'alimentation.*²⁸

Desde luego que sí. Los campesinos tenían que acudir a aquello que la naturaleza pusiera graciosamente a su disposición, pues el presidente *bon papa* no se preocupaba por cambiar las terribles estadísticas de la miseria, que ofrecían este cuadro del nivel de vida medio por habitante en las Antillas en 1953: 180 a 200 dólares por año para Puerto Rico y las Antillas holandesas; 140 a 150, para las Islas Vírgenes y Trinidad; 75 a 135, para Cuba; 103, para Jamaica; 100, para las Antillas francesas; 63, para la República Dominicana, y 24, para Haití.²⁹ ¡Veinticuatro dólares para vivir un año, sin considerar la enorme desigualdad en la distribución del ingreso! Esa estadística, además, obedecía a una realidad concreta: la tenencia de la tierra, según la revelaba el censo de 1950. Casi millón y medio de personas carecía de tierra en el campo, y el resto de los 2 800 000 que constituían la población rural tenía apenas parcelas de un promedio aproximado de dos hectáreas, lo que "difícilmente puede permitir la existencia de una familia por encima del nivel de subsistencia".³⁰

Sin embargo, Haití vivía, como dije, un período de bonanza económica que estaba a punto de concluir, del cual la población mayoritaria campesina no había participado en ninguna medida y la urbana sólo con las migajas instiladas por Mme. Paul Magloire y su Fundación. Esa bonanza se debía, como la de El Salvador, a los altos precios del café y del sisal o henequén, favorecidos por la Guerra de Corea. Pero esta tocaba a su fin. Entre tanto, destacaba el diario *Voix de Peuple* (23 de enero de 1967), "el presidente y sus partidarios con altos cargos pasaban su tiempo en juergas", el Congreso lo hacía *Généralissime* y comandante vitalicio del ejército —a lo Trujillo— y él cuidaba de su fortuna que, cuando fue depuesto, ascendía, según comentario de Jules Dubois en el diario argentino *La Nación* (11 de enero de 1957), a unos 25 millones de dólares.

El lector habrá reparado en dos detalles que consigné deliberadamente: los tabacos *Indépendance* y *Mille huit cent quatre*, y los artículos de Mme. Herzulie con motivo del tricincuentenario de la independencia nacional. En efecto, en 1953 Haití se preparaba para conmemorar el triunfo de sus armas contra los ejércitos de Napoleón Bonaparte y la conquista de su libertad e independencia, ocurrido el primero de enero

²⁸ "Los campesinos haitianos obtienen, además, el mejor provecho de estos ricos alimentos que la naturaleza tan generosamente ha puesto a su disposición y confeccionan platos poco costosos, pero muy alimenticios".

²⁹ Daniel Guérin: *4 colonialismos sobre las Antillas*, Buenos Aires, 1959, p. 33.

³⁰ Gerard Pierre Charles: *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, México, 1965.

de 1804. Sin embargo, la nación gozaba tanto la libertad y la independencia como las masas populares la bonanza económica. Guerin, que visitó Haití en 1955, nos ofrece esta instantánea de las libertades públicas bajo Maglorie: "sometió a Haití a una fuerte dictadura militar, todos los partidos de izquierda fueron puesto fuera de la ley, sus diarios prohibidos, sus imprentas desmanteladas, sus militantes perseguidos y encerrados, los sindicatos obreros domesticados". En efecto, no sobrevivieron más que periódicos laudatorios como *Le National*, y opositores de las más diversas tendencias se exiliaron o se escondieron. Entre los primeros figuró René Depestre, y entre los segundos, Francois Duvalier.

La independencia era tan utópica como la libertad, tan ficticia como el clarineado Plan quinquenal de desarrollo económico, comprendido entre octubre de 1951 y septiembre de 1956. Para realizarlo, Magloire contrajo una deuda de 27 millones de dólares por el préstamo *Peligre* y el país invirtió, además, 13 millones. El gobierno contrató los servicios de compañías extranjeras como la Société des Grands Travaux de Marseille, la Caribbean Construction Supply Co. y la Compañía de Industrias Marítimas. Al final, lo único que quedó del plan quinquenal fueron diez kilómetros de carretera asfaltada entre Puerto Príncipe y Petion Ville, y una cárcel en Jacmel.

Los renglones fundamentales de la economía haitiana habían pasado a manos norteamericanas desde los años de la ocupación yanqui y gracias a los dadivosos gobiernos de los últimos veinte años (1934-53). Un gran monopolio integrado por la Haytian American Development Co. y la Haytian American Sugar Co., poseía más de 30 mil hectáreas, era dueño de la Plantation Dauphin y controlaba la Haytian Agriculture Corp. Plantaciones de henequén, producción de azúcar y exportación de esos productos estaban en poder del monopolio, tras el cual es muy difícil no sospechar las huellas digitales de la United Fruit Co. La exportación del café era negocio de firmas extranjeras como Reimbold, Brandt, Wiener, Madsen, Dufort y Berne. La explotación del aluminio y la bauxita pertenecía a la Reynolds Mining Corp., y la energía eléctrica a la Compagnie d'Eclerage Electrique de Port-au-Prince et du Cap., que, no obstante su nombre francés, no era otra que la Electric Bond and Share.

Razones de peso, de muchos pesos, había para que *M. et Mme.* Paul Magloire fueran bien recibidos en la Casa Blanca por *Ike* y *Mamie*, según las fotografías de la época (1955), y que el Congreso escuchara al ilustre visitante lamentarse de que Haití fuera el país en donde la afluencia de capital extranjero había sido la más insignificante en la posguerra, no obstante ser el único país en la América Latina que había firmado el programa de la Comisión Randall, que daba garantías a las inversiones norteamericanas,

que aseguraba libertad total para repatriar el capital sin ningún control de cambios o prohibiciones y protección, además, a los inversionistas contra toda expropiación.³¹

¡Bizarro Magloire! Dejó cortos a Trujillo y a Somoza en sus ofertas a los Estados Unidos.

18-19° lat. N.

65-67° long. O.

ELA, SEUDÓNIMO DE UNA COLONIA

Sólo el Paso de la Mona separa geográficamente a Puerto Rico de la Isla compartida en 1953 por Magloire y Trujillo. Igualmente mínimas eran las diferencias entre estos dos atrabiliarios homínidos que justificaban el nombre del canal interinsular y el que administraba, con título de gobernador, el llamado Estado Libre Asociado de Puerto Rico: Luis Muñoz Marín. Las diferencias eran formales o aparentes, no sustanciales: ni Puerto Rico era Estado, técnica o políticamente hablando, ni Haití y la Dominicana eran repúblicas más que de nombre; ni Puerto Rico era libre, ni Haití y la Dominicana lo eran; ni Puerto Rico era asociado, sino supeditado, ni Haití y la Dominicana eran soberanas, sino dependientes. Ninguno de los tres países eran democrático o representativo, como se decía, y los tres estaban atados a una misma coyunda en lo que no fuera puramente doméstico. Que Haití y la Dominicana fueran admitidos como Estados miembros de la OEA, lo que les confería más personalidad internacional que a Puerto Rico, no contradecía, sino confirmaba, el hecho intrínseco de que los tres, por igual, integraban el *Commonwealth* yanqui operante en el Caribe y más allá de él.

Notable, sí, era esta interesantísima diferencia: Muñoz Marín no vestía la librea entorchada y coruscante del sector chafarote, como Trujillo, Magloire y Somoza, sino la librea de etiqueta del sector civil que lo emparentaba más con Figueres, Betancourt, los apristas de Haya de la Torre y los liberales colombianos oligarcas tipo Lleras Camargo. Ese parentesco es alegremente ilustrativo, pues demuestra que la rivalidad a muerte entre ambas familias de una misma servidumbre sólo era ideológica en la superficie y que, en el fondo, la manzana de la discordia era el favor preferente del tronco común norteamericano.

Esto lo vi muy claro cuando concurrí con Alfonso Bauer Paiz,³² en representación del Frente Popular

³¹ Ver: *Idem.*

³² Uno de los más capaces, consecuentes y valerosos hombres de la Guatemala de 1944-54. Su ineludible verticalidad lo expuso tres veces a las balas asesinas de los grupos fascistas y paramilitares de Guatemala durante los gobiernos de Méndez Montenegro y Arana Osorio. Aunque herido, escapó con vida a los tres atentados y tuvo finalmente que salir de Guatemala. Actualmente reside como exiliado en Chile.

Libertador de Guatemala, a la Conferencia prodemocracia y libertad que se reunió en La Habana en 1950. Bajo los auspicios de Prío Socarrás, la Conferencia estaba comandada por Rómulo Betancourt y contaba con Figueres como *vedette* tribunicia; Luis Alberto Sánchez, como vocero de Haya; Rodríguez Larreta, por el ala reaccionaria del Partido Blanco Nacionalista uruguayo; Ernesto Sanmartino, por un sector radical antiperonista de Buenos Aires³³; Norman Thomas y Miss Francis Grant, por el Partido Socialista (?) norteamericano, y con una delegación de "legisladores" de Puerto Rico, encabezados por Ernesto Ramos Antonini, presidente de la Cámara, en representación de Muñoz Marín. Tenían que estar, era lógico, los exiliados opositores de Trujillo, que se movían de La Habana a Guatemala y cuyo máximo representante era Juan Bosh.

La línea política trazada en la Conferencia de La Habana no dejaba lugar a dudas. Se trataba, en último análisis, de impetrar al imperialismo yanqui su intervención en favor de los conmlitones reunidos para el solo efecto de desalojar a los Trujillos, Somoza, Pérez Jiménez y Odría, enarbolando los principios del panamericanismo, e instalarlos a ellos en el poder de sus respectivos países. En prenda, ofrecían al imperialismo rector el compromiso de observar un riguroso "anticomunismo" —que suponía represión a las verdaderas izquierdas—, eliminación de dirigentes sindicales sospechosos de antimperialismo, fórmulas de componenda con los monopolios yanquis, y consolidación del bloque militar antisoviético impuesto por los

³³ Rodríguez Larreta, propietario del reaccionario *El País*, de Montevideo, y excanciller del Uruguay, se jactaba de ser el autor de la que él mismo llamaba Doctrina Rodríguez Larreta o "cordón sanitario" interamericano, es decir, el aislamiento diplomático de la OEA a los regímenes con el pecado original de no ser "elegidos democráticamente". Esta, que Rodríguez Larreta había prohijado para dispararla contra Perón, no era original. En Chapultepec, en 1945, los delegados guatemaltecos de la Junta Revolucionaria de Gobierno la habían propuesto sin que fuera tomada en cuenta porque el imperialismo, que iniciaba la guerra fría, necesitaba cerrar filas en su hemisferio y no estaba para esas ingenuidades.

Ernesto Sanmartino era un vacuo petimetre político de alguno de los muchos *radicalismos* porteños. Lo que le dio una ridícula celebridad fue su frase "aluvión zoológico" para referirse a las mayorías obreras, especialmente de origen provinciano, que apoyaban a Perón, las mismas a las cuales la oligarquía vacuna argentina llamaba "cabecitas negras".

Rodríguez Larreta y Sanmartino protagonizaron una escena impagable en la Conferencia prodemocracia y libertad. El primero presidía una plenaria y el segundo había sobrexcedido con su interminable y farragosa garrulería el tiempo convenido para usar de la palabra. Rodríguez Larreta lo llamó al orden varias veces. En una de ellas, Sanmartino, en actitud de estatua prócer declamó: "Cuando yo estoy en la tribuna, la defendiendo al precio de mi propia vida si es necesario". La asamblea prorrumpió en sonora carcajada.

Estados Unidos en el Tratado de Río de Janeiro de 1947. No se enunciaba así, desnudamente, esa línea política, sino que se embalaba con lugares comunes como "libertades públicas", "derechos humanos", "instituciones democráticas", "repudio a los sistemas totalitarios", "principios consagrados en el sistema interamericano", "Carta de la OEA", etc.

Muñoz Marín había sido invitado a concurrir a la Conferencia —o a hacerse representar— porque era la concreción en carne y hueso de la imagen que de sí mismos querían ofrecer los organizadores al Tío Sam, es decir, la aceptación tácita de un *status* semi-colonial regenteado por ellos y una pureza de linaje "democrático"; ni una brizna de intenciones "antinorteamericanas".

Nadie mejor que el gobernador exboricua: en su juventud había sido puertorriqueño, líder independentista y nacionalista hacia 1937 —durante la primera prisión de Albizu Campos—, había levantado la consigna de "pan, tierra y libertad", y demandado la eliminación del monopolio azucarero ejercido por las empresas Guánica Central, Aguirre y Eastern Sugar; pero en 1940 el triunfo electoral de su Partido Popular ya estaba manchado con la primera claudicación: había sustituido la bandera de la independencia por el trapo sucio de una "asociación" con los Estados Unidos. Allí empezó a dejar de ser boricua. Lo demás, desde luego, vino solo, una vez puesto el primer pie en el tobogán de la traición y el entreguismo. Todo el programa de reivindicaciones sociales y económicas que había triunfado en 1940 fue archivado. La Isla, aderezada con apetitosos privilegios, exenciones de impuestos y mano de obra barata, fue servida como plato suculento en la mesa de los grandes negocios yanquis. Las puertas fueron abiertas de par en par a monopolios como la General Electric y la General Motors, a los grupos Du Pont y Rockefeller, y a toda la estirpe de los llamados *blueships corporations*. Para ellos fueron la agricultura, la caña de azúcar, las industrias, el comercio internacional y el comercio en detalle. A su tiempo haría su ingreso la petroquímica, y Puerto Rico sería el lugar de refinamiento de petróleo de Venezuela. La Operación *bootstrap* (cordón de zapato), también llamada "manos a la obra", iniciada hacia 1950, haría de Puerto Rico algo semejante a un jardín de Midas para los inversionistas.

Los colonialistas atraparon como tabla salvadora la idea asociacionista de Muñoz Marín. El artículo 73 de la Carta de las Naciones Unidas los obligaba, como metrópoli, a informar anualmente al organismo mundial sobre Puerto Rico, obligación incómoda que cumplían desde 1946. Había que cambiar nominalmente el *status* colonial de la Isla y, para ello, la idea de una "asociación" era excelente. La gran patraña dio comienzo en 1950 con la Ley 600, mediante la cual los puertorriqueños decidirían, mediante referendo, si querían darse una constitución o no. En

caso afirmativo, una constituyente convocada por la Legislatura de Puerto Rico elaboraría un proyecto constitucional que los puertorriqueños aprobarían o no mediante referendo. En la letra todo parecía, hasta ahí, limpiamente democrático, si se aceptaba utópicamente que los referendos y plebiscitos, en una Isla ocupada por los yanquis y sus cipayos nativos, podían expresar la verdadera voluntad popular y no parecerse en nada al 99% de los procesos electorarios de Laitnoamérica, e incluso de los Estados Unidos, que se pueden definir con simples nombres como Tanmany Hall o Watergate. Pero el sello colonialista aparecía bajo el ropaje de la Ley 600 (lo que Silvanus Morley llama "mancha mongólica" y nosotros, los guatemaltecos, "rabadilla verde", en la de nuestros compatriotas mayas). Se trata del siguiente párrafo, que se explica por sí mismo:

Una vez adoptada la Constitución por el pueblo de Puerto Rico, el presidente de los Estados Unidos queda autorizado para transmitir esa Constitución al Congreso de los Estados Unidos, si estima que tal Constitución está de acuerdo con las disposiciones aplicables de la presente ley y de la Constitución de los Estados Unidos.

"La presente ley" quería decir Ley 600 o de Relaciones federales, idéntica, aunque con otro nombre, a la Ley Jones de 1917, o sea, un estatuto crudamente colonial, sin disfraz posible. En definitiva, todo trascurrió conforme a lo planificado por el gobierno yanqui, y con la colaboración del gobernador Muñoz Marín el Estado Libre Asociado fue inaugurado a mediados de 1952. Así llegamos adonde yo quería. Los yanquis, en su política, notificaron en 1953 a las Naciones Unidas sobre su determinación de no informar más sobre Puerto Rico, ya que este "había alcanzado el gobierno propio con la Ley 600 y la Constitución". Nadie creyó esto y lo demostró la exigua mayoría obtenida por la delegación norteamericana tanto en los comités de Información y de Territorios no autónomos (34%), como en la Asamblea general (43%). Excusado es decir que los delegados yanquis usaron de todas las clásicas artimañas en el Salón de los pasos perdidos de la ONU; como nunca, movilizaron sus conocidos *lobbys*. La mayoría latinoamericana, desde luego, dijo *sí* o no dijo nada.

La fuerza misma de los hechos nos impulsa a dar aquí un salto de veinte años. Durante ese período, los Estados Unidos habían bloqueado toda posibilidad de que las Naciones Unidas discutieran la situación de Puerto Rico con maniobras como la del plebiscito de 1967. Pero en noviembre de 1972 Cuba logró que la Asamblea general derogara lo resuelto en 1953 al aprobar el informe del Comité especial de descolonización de agosto anterior donde se reconoce "el derecho inalienable del pueblo de Puerto Rico a la

autodeterminación e independencia"; en otras palabras: el Estado Libre Asociado es una colonia como cualquier otra y tiene que desaparecer. Fue una gran batalla diplomática ganada por Cuba. Un vocero yanqui, un William Schanufefe, hizo una cabriola en el aire frente a la Asamblea en un intento de objetar a Cuba, pero cayó de cabeza en el ridículo. La votación fue de 99 votos contra 5, y 23 abstenciones. El cuadro de 1953 había cambiado notablemente.

Mientras los colonialistas representaban la gran farsa del Estado Libre Asociado ante la Asamblea general de la ONU, en San Juan de Puerto Rico se desarrollaba un episodio trágico. (No uso aquí el término en el sentido de cruento o luctuoso, aunque mucho de esto había habido antes y después de 1953 en la isla boricua; lo uso como en la más alta expresión del género dramático: como conflicto de pasiones humanas antagónicas en que un héroe de gran elevación moral enfrenta las fuerzas todopoderosas de un destino predeterminedo cuyos agentes terrenales son seres sórdidos, intrigantes, torvos y crueles, o cínicos sin conciencia, aunque sean reyes, senadores, príncipes o gobernadores. La ambición, el odio, los celos, la envidia, el temor, el fanatismo, o el orgullo, son algunas de las pasiones que rigen la conducta de estos personajes. Al lado de ellos, no faltan los de estatura menor, bufones como el del rey Lear, o simplemente tontos como el Rodrigo de Otelo. Lo trágico cobra la hermosura pavorosa de las más violentas fuerzas naturales desatadas no necesariamente por el triunfo del protagonista, sino, al contrario, por la fortaleza inquebrantable con que sucumbe ante el poder implacable de la fatalidad, sin claudicar de sus superiores principios éticos.) Lo de Puerto Rico, en 1953, no fue una tragedia completa donde el protagonista es el pueblo todo como en *Fuenteovejuna*, sino sólo un acto de ella en el que la fuerza del destino no tuvo nada de mágico ni de sobrenatural porque dominó la muy concreta y material de los *big-big-business*; el héroe inclaudicable fue Pedro Albizu Campos; el agente terrenal de las potencias implacables resultó ser, con pelos y señales, Muñoz Marín. No faltó ni el papelillo menor de tonto o bufón, a cargo de José Figueres. He aquí la trama de ese paso de tragedia.

En 1953, Albizu Campos cumplía sentencias de más de noventa años de presidio. Se lo acusaba de "tratar de derrocar por la fuerza al gobierno, de tentativa de asesinato y de posesión ilegal de armas". Su enfrentamiento a los monopolios azucareros en apoyo de los trabajadores puertorriqueños y sus enérgicas denuncias del orden colonial impuesto por los Estados Unidos a su patria ya le habían costado seis años de prisión en la penitenciaría federal de Atlanta, Georgia, y cuatro de obligado exilio en Nueva York, entre 1936 y 1947. La nueva condena estaba estrechamente vinculada con las heroicas acciones de los nacionalistas puertorriqueños.

La sola imagen, inmensamente respetable, desde luego, de un Albizu Campos rector ideológico del independentismo y mártir del colonialismo, aniquilado a través de un cuarto de siglo de encierro casi ininterrumpido, no es, con todo, la imagen completa del hombre. Hay que buscarlo también en el único y breve momento en que sus enemigos lo dejaron pelear a mano armada por su causa, verlo en su casa de Cruz y Sol —sede del Partido Nacionalista— resistir a la constabularia de los colonialistas y de su subalterno Muñoz Marín, en un tiroteo de dos días, solitario casi y sin indicios de rendirse. Allí hubiera caído heroicamente en combate si no lo sacan, casi exánime, con gases lacrimógenos. Esta acción armada era un pasaje de la gran rebelión iniciada en Jayuya, en las montañas centrales de la Isla, y extendida a más de diez poblaciones con un saldo de cinco mil presos y numerosos muertos. Entre estas, los seis integrantes del comando que, dirigidos por Raimundo Díaz Pacheco, atacó La Fortaleza para ajusticiar al esbirro mayor del colonialismo: Muñoz Marín. Mientras tanto, en Washington, Oscar Collazo y Griselio Torresola atacaban a tiros la Casa Blair-Lee para ejecutar también al responsable máximo de la esclavitud de Puerto Rico: Harry S. Truman. Torresola murió en el intento; Collazo cayó herido en manos de los *cops* y desde entonces sufre prisión en Leavenworth, Kansas.

No una, sino varias veces, Albizu Campos había rechazado con indignación diversos chantajes, sobornos y tentadoras ofertas para que depusiera su lucha por la liberación de Puerto Rico. Ese pequeño hombre de ninguna prestancia marcial y de expresión nada imponente era, sin embargo, una carga explosiva concentrada. Había que comprarlo o someterlo por el aniquilamiento síquico y físico en la cárcel. Era evidente que lo primero no daba resultado. Se hacía necesario, por consiguiente, acudir "a lo segundo. Pero ningún método —aun cuando la incomunicación, la *mogolla*²⁴ y la picana lo habían llevado a los límites de la inanición y el delirio— resultó eficaz en La

²⁴ Nombre que los presos comunes daban a la bazofia que recibían como alimento en La Princesa. Puertorriqueñismo que quiere decir basura, desperdicio, inmundicia. Ver: Ramón Medina Ramírez: *Pedro Albizu Campos, apóstol y mártir de la independencia*, San Juan, mimeografiado, 1962.

De la misma fuente 8s este párrafo, sobre la acción de 1950: "El día primero de noviembre y en la madrugada del día 2, destruyendo las persianas de las puertas con fuego de ametralladoras y bazukas, lanzaron bombas lacrimógenas al interior, de donde los sacaron, tanto a él, [Albizu Campos] como a su único acompañante, Alvaro Rivera Walker, casi asfixiados para conducirlos a la prisión. De primera intención los llevaron al cuartel general de la policía, situado entonces en Puerta Tierra, uno de los sitios en que fueron hacinados una gran parte de los arrestados, que pasaban de mil, hombres y mujeres defensores de la independencia patria".

Princesa. Su resistencia permitió que la iniquidad se conociera fuera del presidio. Las denuncias y protestas cobraban cada vez mayor volumen, precisamente cuando Eisenhower prometía el paraíso de su *good-partner policy* a la América Latina y procuraba crear un clima propicio para su maniobra del Estado Libre Asociado en las Naciones Unidas.

El imperialismo fraguó una grosera simulación. Convenía a sus propósitos de ese momento excarcelar a Albizu Campos para acallar el clamor público, pero no quería aparecer plegándose a las exigencias de la opinión latinoamericana y mundial, como no lo había hecho con los esposos Rosenberg pocos meses antes. Cuestión de orgullo o de prestigio o de lo que se quiera. En consecuencia, se mantendría inmovible ante las demandas, presiones y exigencias que se le hicieran agitando principios jurídicos o humanitarios. Pero diría, como Pilatos, que eso no era de su competencia puesto que era un asunto privativo de las autoridades puertorriqueñas y que la resolución del caso correspondía exclusivamente a Muñoz Marín. Al mismo tiempo, daría a este las instrucciones pertinentes: la solución sería la de un perdón concedido por lástima, por conmiseración; alguien tenía que pedirlo en estos términos, alguien tenía que implorar a la olímpica majestad imperial, por intermedio de su delegado consular en Puerto Rico; dejar constancia de los crímenes del preso, de la infalibilidad de la justicia norteamericana y quitar a Campos todo prestigio, toda importancia ante la opinión pública, presentándole como un irresponsable, un maniaco, un residuo que necesitaba más del manicomio que de la cárcel. Tal fue el papel adjudicado a quien mejor se prestaba para representarlo por su irrefrenable exhibicionismo y su docilidad probada: el siempre dispuesto Figueres. En cumplimiento del plan trazado, este escribió una carta plañidera a Muñoz Marín, publicitada a todos los vientos, y Albizu Campos fue indultado y excarcelado el 30 de septiembre de 1953.

La burda componenda fue denunciada inmediatamente por Gilberto Concepción de García, presidente del Partido Independentista puertorriqueño, que no era el de Albizu Campos, desde Nueva York. En una declaración pública fechada el primero de octubre en aquella ciudad, ese partido protestó porque el indulto se fundaba en "una seria perturbación mental" de Albizu Campos, cuando en realidad había sido por "el resultado de la presión del pueblo puertorriqueño y de la opinión latinoamericana sobre el gobierno de Estados Unidos". El documento oficial por el que se otorgó el indulto, decía la declaración, "respira odio, resentimiento, incompreensión y falta de respeto para la persona del líder nacionalista".

El mentís más grande lo dio el propio Albizu Campos. Ninguna duda cupo sobre su lucidez. Sus declaraciones al salir de la cárcel fueron enérgicas y sus denun-

cias categóricas. Lamento que aquí no quepan completas; sólo transcribiré algunas de ellas como ejemplo:

Que no diga Muñoz que me indulta por viejo y enfermo; que diga la verdad, que la conciencia le remuerde porque él sabe que está trabajando contra la independencia de su patria [...] Ahora más firmemente que nunca, porque vengo de la prueba del fuego que no ha logrado destruirme, redoblaré mis batallas por la independencia de mi patria [...] Na nación puertorriqueña sabe que todo partido que le promete gobernar bajo la intervención yanqui le engaña, porque sólo el déspota gobierna bajo el absolutismo extranjero que lo representa [...] Ya hemos visto las reservas militares, navales y aéreas en el mismo centro de Puerto Rico: Cayey, Punta Borinquen, San Juan, Fajardo, Ensenada Honda, Culebra, Vieques y otros puntos de Puerto Rico. En cualquier momento, los Estados Unidos se creen con derecho a desterrar entera la población de San Juan, de Ponce, de Mayagüez, o de cualquiera otra ciudad de Puerto Rico [...] Esto no es una situación teórica, sino que aquí están ya establecidas esas bases militares, navales y aéreas en todo el territorio nacional, desde la Isla de la Mona a Vieques, y desde San Juan a Ponce [de oeste a este, y de norte a sur] [...] La población entera ha sido arrancada de sus hogares por la fuerza y aglomerada sobre la ciudad de Isabel Segunda, donde tendrán asiento transitorio. Los planes de los Estados Unidos son desterrar toda esa población por la fuerza y traer allí personal militar, naval y aéreo que pase la fluoroscopia del servicio de espionaje de los Estados Unidos [...] Culebra, Cabezas de Fajardo, Ensenada Honda y Vieques constituyen ya un círculo cerrado para los puertorriqueños bajo la ocupación directa de la infantería de marina de los Estados Unidos, integrada por infantes nacidos en Estados Unidos [...] Esa cárcel [La Princesa] tiene dos administraciones que les voy a citar porque da la clave de toda la política de los Estados Unidos y nos brinda una visión íntima de lo que son los yanquis y de lo que pretenden hacer con el resto de la humanidad. Esa cárcel, como decía, tiene dos administraciones: una, que se encarga de la ropa, de la comida, etc., y de la custodia de reclusos, bajo un alcaide o superintendente; y otra, que está a cargo de peritos electrónicos, dirigidos directamente por las fuerzas armadas norteamericanas. Este último cuerpo trabaja en armonía y en coordinación y combinación con el Departamento de Justicia del Estado Libre Asociado [...] y dicen que son los defensores de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, de la democracia, del derecho, de la constitución, de los derechos civiles. Da risa

oír hablar a esos funcionarios representativos de este despotismo extranjero, de su preocupación por la violación de los derechos civiles en Puerto Rico. ¿Qué entenderán por derecho, y qué por civil?³⁵

El tercer mentís al gran engaño fue el del propio Muñoz Marín cuando la combatividad indesmayable de Albizu Campos lo obligó a revocar el indulto en 1954. Albizu volvió a la cárcel y no salió más, hasta su muerte física en el Hospital Presbiteriano el 21 de abril de 1965. Así se cumplió el destino trágico de otro de los grandes héroes de nuestra América.

13-18° lat- N.
87-92° long. O.

VÍSPERAS DE LA OPERACIÓN UFCO-CIA

Así como existe el "retrato hablado" en la investigación policial, puede haber un "mapa hablado" en la indagación histórica. Pero este mapa sería tan mutable como vertiginosa y fluida es la vida en las colectividades humanas que habitan los países representados en la cartografía de los atlas. En esta cartografía, los contornos de los continentes y las fronteras de los países, por ejemplo, cambian relativamente poco en amplios períodos de tiempo. El mapa hablado, por el contrario, cambia en plazos que son segundos en el devenir de las sociedades: veinte años, por ejemplo. Y ni los cambios son homogéneos y simultáneos para todas las Regiones o pueblos —sino violentos en unos y poco sensibles en otros— ni los colores son tan planos y brillantes como los de la cartografía —sino de tonos subidos u opacos, muchas veces no imaginados en el espectro—. En fin, el mapa hablado es el que nos ofrece el contexto histórico para la comprensión de un hecho concreto, en un lugar determinado y en un momento dado.

Ruego al lector que vea en lo que estoy escribiendo nada más que la intención de formar un mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada; mapa del que no pudieron escapar, por la estrecha relación que tienen con todo cuanto nos sucede, los Estados Unidos. El hecho concreto al que voy a referirme en esta parte es el de la intervención del imperialismo yanqui en Guatemala. La comprensión de este hecho nos es más fácil ahora, teniendo la parte trazada hasta aquí de mi mapa hablado —la de Centroamérica sobre todo—, donde está enclavada Guatemala.

En 1953, hacía cincuentidós años que la United Fruit Company había comenzado a adueñarse del país con la complicidad de dos de los más sanguinarios déspotas de la historia latinoamericana: Estrada Cabrera,

³⁵ Revista *Bohemia*, La Habana, 17 de junio de 1966.

con veintidós años de poder (1898-920), y Jorge Ubico, con catorce (1931-44), y uno de más breve ejercicio: José María Orellana, con sólo cuatro años y medio, debido a una inesperada angina de pecho (1922-26). El saldo de las concesiones hechas por los tres abarcó miles de hectáreas de tierra para el cultivo del banano en las costas del Atlántico y el Pacífico, la entrega del único puerto en la costa atlántica y de toda la red ferroviaria a la UFCO y su subsidiaria (la International Railways of Central America), y la producción y venta de energía eléctrica a la Bond and Share, llamada en Guatemala simplemente Empresa Eléctrica. Los tres fueron también instrumentos de la oligarquía cafetalera del país al conservar intangible la estructura feudal, tan celosamente cuidada por todo el aparato sádico-represivo del Estado que no se la podía cuestionar ni con el pensamiento. No hay estadísticas donde conste el número de muertos que costó el mantenimiento del mutismo y la inmovilidad.

En 1944, los guatemaltecos rompimos al fin el mutismo y la inmovilidad (interrumpidos, ciertamente, veinticuatro años antes, con el derrocamiento de Estrada Cabrera, pero sólo por un segundo: abril de 1920 a diciembre de 1921; el instante que tardó en reaccionar el monopolio ferrocarrilero). Lo de 1944, por lo menos, duró diez años. No lo perpetuamos como conquista definitiva porque al querer avanzar hacia la conquista de una verdadera independencia y de una efectiva justicia social chocamos con los monopolios ferrobananero y eléctrico, que fue tanto como chocar con el imperio de los *big-big-business*.

Véase cuán útil es un mapa hablado, en cuanto que ahorra comentarios y explicaciones a veces complicados y enojosos. Basta decir: Guatemala, enclavada en el Caribe y situada en el istmo centroamericano, chocó en 1953 con el imperio de los *big-big-business*. Y el lector, que ya conoce el mapa hablado de la región y del año, lo comprende todo de un solo golpe de vista. Me basta, así, con hacer una relación escueta de los hechos, sin detenerme en el porqué de tal o cual conducta de los personajes que irán apareciendo al correr de los acontecimientos. Porque usted ya tiene la clave en sus manos, puede explicarse las cosas por sí mismo y formar sus propios juicios.

Juan José Arévalo gobernó en Guatemala entre 1945 y 1951. Desarrolló un gobierno democrático, dentro del concepto liberal burgués del término, vigente sólo en el campo político. No persiguió las ideas y toleró a sus enconados opositores. Sólo golpeó, al principio y fin de su período, a los comunistas, pero con las manos, sin lastimarlos. Si no llegó a poner la piedra en la honda antimperialista, tampoco fue obsecuente. No otorgó concesiones, no pidió préstamos y no aceptó prepotencias yanquis. Procuró que las garantías sociales y el derecho laboral tuvieran verdadera vigencia. Por "cuestión de principio" san-

cionó con la ruptura de relaciones o el no reconocimiento, a los regímenes no limpiamente elegidos en su concepto: Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez y Odria. No puso en duda, por otra parte, las frases "mundo libre" y "regímenes totalitarios", y optó siempre por la primera. No tocó la estructura feudal ni de palabra, y no reveló hacia las masas rurales la misma sensibilidad que hacia los trabajadores urbanos. Sin embargo, fue acusado por senadores, plutogogos, marcistas y facistizantes de ser "punta de lanza del comunismo ruso"; un camandulero lo llamó "el Kalinin criollo"; Trujillo y Somoza lo consideraron siempre rojo vivo.⁵⁶

Arbenz fue otra cosa. Su ley de reforma agraria de 1952 fue antifeudal y su línea de gobierno resultó categóricamente antimperialista. Dejó de apuntar contra los dictadores consabidos, que sólo eran un efecto, y puso la causa en la mirilla, es decir, a los monopolios extorsionadores y al sistema que integraban. Ya los conocemos. Él sí puso la piedra en la honda, pero quizá no conoció, por desinformación, las verdaderas dimensiones del Goliath que tenía enfrente. No era posible entonces romperle la cabeza de una pedrada y las fuerzas internas en que Arbenz se apoyaba, o creía apoyarse, no servían ya para semejante desafío. En 1953, las fuerzas positivas del movimiento de 1944 se habían gastado, corrompido o desintegrado, y las negativas, —las del medio siglo anterior— se habían recuperado, actualizado y endurecido. En otras palabras: ni el ejército, ni los partidos políticos, ni las dirigencias aburguesadas y burocráticas eran capaces de presentar el combate inevitable y desigual, ni tampoco las grandes masas populares, resueltas, pero inermes y militarmente desorganizadas, mientras que el binomio integrado por el "Gabinete Cadillac" y los reaccionarios guatemaltecos y centroamericanos alcanzaba el más alto grado de su temperatura "anti-comunista", a pesar de que su guerra se llamaba "fría".

Al iniciar este periplo por Centroamérica y las Antillas cité algunos párrafos del capítulo "Rojos en Guatemala", del libro de memorias de Eisenhower, donde descubre, sin embargo, cuáles eran las intenciones del alto mando imperialista, el Consejo de Seguridad Nacional, al incluir la advertencia "a México y otros países amigos". (Al terminar nuestro periplo guatemalteco, conoceremos bastante bien a esos "amigos" que desempeñaron papeles protagónicos en la operación contra Guatemala.) El *master plan*, o plan de

⁵⁶ Todavía el 22 de enero de 1957 escribía en la columna "Actualidad Americana" del diario *El País*, de Montevideo, el astuto plutogogo de la SIP, Jules Dubois: "La política de Arévalo era fomentar la hostilidad contra los Estados Unidos y propiciar el establecimiento de una cabecera de playa para el comunismo soviético en Guatemala". Este es un "botón de muestra" del índice ultrarreaccionario en el sistema que integra la SIP.

agresión imperialista, no empezó cuando Arbenz anunció el 24 de febrero de 1953 que aplicaría a la UFCO la ley de reforma agraria, que Eisenhower traduce el 24 de febrero de 1953 por intención de "apropiarse 225 000 acres de tierra sin cultivar" del monopolio bananero. La ojeriza yanqui, como he dicho, se remontaba a 1947, y- aún antes, debido a la vigencia de nuestras leyes laborales. Arbenz vino a exacerbarla el 15 de marzo de 1951, cuando en su mensaje de toma de posesión, en el Estadio Nacional, concretó su propósito como gobernante: "Convertir a nuestro país, en una nación dependiente y de economía semicolonial, en un país económicamente independiente". El programa era sencillo en su enunciación, pero su puesta en práctica suponía complicaciones de una magnitud que el lector llega fácilmente imaginar. Puedo reducir todo el programa de Arbenz a pocos puntos: 1) reforma agraria, 2) construcción de vías de comunicación y puertos propios, 3) construcción de nuevas fuentes de energía eléctrica propias y 4) política internacional sin sometimientos. Sencillo, ¿no es cierto? Pero al ponerlo en práctica se sublevaron los terratenientes feudales y los latifundistas, entre los cuales la UFCO era el mayor: se sublevaron los consorcios bananero, ferrocarrilero y eléctrico, y el Departamento de Estado norteamericano clamó a los cielos ante este flagrante atentado contra la unidad compacta del bloque belicista continental.

Once días después de haber tomado Arbenz posesión como presidente y yo como su ministro de Relaciones Exteriores, fue inaugurada en Washington la I Reunión de consulta de cancilleres de la OEA. Se trataba, nada más y nada menos, de involucrar a los latinoamericanos en la agresión militar a Corea y de que reiteráramos la entrega de nuestros recursos naturales para el mismo fin. No haré historia de esa reunión, no sólo porque sería muy extenso, sino porque ya la hice en otra parte.³⁷ Sólo haré algunas citas para mostrar cuál era el ambiente que ya rodeaba en Washington a los guatemaltecos y cómo nuestra política internacional de no concesión vino a cargar aún más aquella atmósfera hostil. La prensa yanqui "oficiosa" expresaba:

Uno o dos latinos pueden causar molestias en las sesiones que vienen. La poderosa Argentina está exhibiendo una imitación tipo ópera cómica de fascismo; el nuevo ministro de Relaciones de la pequeña Guatemala, Manuel Galich, es un izquierdista, si no algo peor. (*The Washington Post*, 25 de marzo de 1951.)

³⁷ "Causas internas de una derrota", revista *Tricontinental*, La Habana, n. 2, sept.oct de 1967; *Por qué lucha Guatemala*, Buenos Aires, 1956; *Guatemala ante América. La verdad sobre la Cuarta reunión de consulta de cancilleres americanos, Guatemala*, 1951.

Argentina y Guatemala se resistieron hoy a las propuestas de los Estados Unidos tendientes a rearmar la América Latina para la defensa colectiva. Argentina —derechista— se opuso; Guatemala —izquierdista— anunció que tenía algunas "reservas" acerca de la materia. Los Estados Unidos desean que la América Latina fortalezca sus ejércitos para ayudar a defender el Hemisferio Occidental y otras áreas, si las Naciones Unidas lo desean. (*Washington Daily News*, 29 de marzo de 1951.)

México, Argentina y Guatemala se resistieron ayer a que la Conferencia de ministros de Relaciones Exteriores americanos se suscribiera en apoyo de la acción de las Naciones Unidas contra la agresión [...] El más franco de los tres fue Manuel Galich, ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno izquierdista de Guatemala. Dijo que la opinión pública de su país no toleraría el envío de hombres a Corea y que pensaba que las tropas guatemaltecas no serían de mayor utilidad aun cuando pudieran ir tan lejos de su patria. Manifestó que toda la preocupación de Guatemala estaba concentrada en la rehabilitación económica. (*The Washington Post*, 30 de marzo de 1951.)

Planteamiento de actitud. Una enmienda guatemalteca específica que la ayuda de países latinoamericanos ha de ser en la extensión que a su juicio su capacidad permita. El ministro de Relaciones guatemalteco manifestó inmediatamente en una conferencia de prensa que las fuerzas armadas guatemaltecas no están en capacidad de ayudar a defender las Américas fuera de su territorio guatemalteco. Argentina también anunció que no pensaba enviar tropas fuera de sus fronteras. (*The Washington Daily News*, 5 de abril de 1951.)

Las tensiones con el imperialismo fueron en aumento en los dos años siguientes. Pero no puedo detenerme en todo el proceso. Debo situarme en 1953, ya con el *plan master* en marcha:

la política conspirativa y difamatoria de las empresas, particularmente de la UFCO, no llegó a constituir hasta 1952 amenaza seria para la subsistencia del movimiento revolucionario de Guatemala, como lo evidencia el fracaso de treinta y tantos conatos de subversión. Sin embargo, en ese año iban a producirse dos hechos, aparentemente inconexos, que fueron decisivos para que se llegara a consumir en 1954 la agresión contra Guatemala. El primero fue la promulgación de la Ley de reforma agraria. El

segundo, la ascensión al poder, en los Estados Unidos, del Partido Republicano.³⁸

Dos eran los "cursos de acción" que se proponía el plan: el diplomático y el armado, este con la previa sanción de aquel. Los pasos serían: primero, la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA) tomaría la iniciativa "anticomunista"; segundo, la OEA seguiría declarando fuera de la ley interamericana al "comunismo internacional" en la X Conferencia que se reuniría en Caracas en 1954 y, para respaldar la "intervención colectiva" contra Guatemala —en aplicación del Tratado de Río de Janeiro—, se llamaría a una V Reunión de consulta de cancilleres, cuyo lugar y fecha se fijarían de acuerdo con las circunstancias. El último paso sería la aplicación de las sanciones acordadas por esa reunión, incluso el empleo de la fuerza armada. Se trataba de llegar hasta donde fuera necesario para derrocar al gobierno de Arbenz.

La ODECA fue un intento nuestro bien intencionado, pero nada afortunado, de contribuir con algo nuevo al secular sueño de reunificación centroamericana. El mapa hablado de Centroamérica en la década de los años cincuenta no estaba para este ensayo que hoy se llama "pluralidad ideológica". Bajo mi dirección se redactó en 1951 en la Cancillería guatemalteca el anteproyecto de lo que después vino a ser la Carta de San Salvador. Como bien dijo dos años después mi sucesor en la Cancillería, se trataba de "llevar a una realización feliz [los] anhelos e ideales centroamericanistas", donde la ODECA se contemplaba como "un instrumento que contribuyera a unirnos y nos ayudara en la solución de nuestros problemas comunes."³⁹ Conociendo los regímenes de Nicaragua, El Salvador y Honduras, se comprenderá que aquellos "esfuerzos constructivos, leales y sinceros" tenían que fracasar. En Costa Rica todavía no gobernaba Figueres, sino Otilio Ulate, pero para el caso era lo mismo: un servidor de la oligarquía cafetalera dependiente del mercado yanqui, tan dócil a la línea de Washington como los otros tres.

A mediados de 1952, el gobierno salvadoreño pidió a la Cancillería guatemalteca que incluyera en la agenda de la conferencia de cancilleres de la ODECA, que se reuniría en Guatemala en septiembre, un punto relativo a "contrarrestar la acción subversiva del comunismo internacional". En la literatura de folletín, esto es la típica puñalada trapería. Por el momento, paramos el golpe y aplazamos la reunión para mayo de 1953, como país sede. Pero el gobierno salvadoreño insistió en su insidiosa propuesta, e hizo más:

³⁸ Guillermo Toriello: *La batalla de Guatemala*, México, 1955, p. 56.

³⁹ Raúl Osegueda, citado por Guillermo Toriello en *op. cit.*, p. 399.

tomó la iniciativa de un pacto político-militar "anticomunista" con Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. No se podía esperar más, debíamos denunciar la Carta de San Salvador y retirarnos inmediatamente de la ODECA. Esta organización, que nunca fue popular en Guatemala, entonces lo fue menos. Así se hizo. Desde luego, aquel viraje violento y obligado de nuestra política centroamericanista, que yo había conducido, suponía mi renuncia previa. Así lo convine con Arbenz y dejé la Cancillería.

En la OEA, la maniobra se produjo en noviembre de 1953. El representante norteamericano ante el Consejo de la organización pidió que se incluyera en la agenda de la X Conferencia, próxima a reunirse en Caracas, estos dos puntos:

- 1) Examinar la intervención del comunismo internacional en los asuntos americanos, incluso los esfuerzos para debilitar la solidaridad interamericana y para subvertir los auténticos movimientos sociales y políticos nacionales para sus propios fines, y llamar la atención hacia dicha intervención.
- 2) Considerar recomendaciones apropiadas sobre medidas efectivas para contrarrestar la intervención del comunismo internacional en las repúblicas americanas.

He transcrito la ponencia yanqui, primero, para que se observe la identidad de lenguaje con el usado por los gobernantes salvadoreños en la suya, y, segundo, porque de aquí en adelante el curso de los acontecimientos parece, en lo que a preparativos imperialistas de agresión se refiere, una maqueta a escala menor de lo que siete años después planificaron para Cuba, con el sonado fracaso que todo el mundo conoce.

En Washington, en el seno del Consejo de la OEA, se proyectó con notable fidelidad el mapa hablado de América Latina a finales de 1953: "diecinueve representaciones se doblegaron ante la presión de Mr. Dalles y votaron en favor de la propuesta estadounidense, dejando sola a Guatemala en la defensa de un principio fundamental del sistema interamericano: *la no intervención*".⁴⁰

Diecinueve, más Guatemala, eran entonces los Estados miembros latinoamericanos de la OEA. Más o menos igual ocurrió en Caracas en la X Conferencia interamericana de marzo de 1954. El gobierno de Guatemala fue condenado a muerte, con la anuencia casi unánime de la OEA, por la Resolución XCIII.

Sin embargo, aunque todo marchaba conforme lo previsto, la UFCO se impacientaba. La United Press revelaba esa impaciencia, expresada por medio del Subcomité de asuntos interamericanos de la Comisión

⁴⁰ Guillermo Toriello: *op. cit.*, p. 80.

de relaciones exteriores del Senado, donde el monopolio frutero, o el grupo de Boston, es lo mismo, se expresaba por agentes tan altaneros como el intemperante Willey, autoconstituido en algo así como el policía Javert del "gobierno comunista" de Guatemala. El 30 de diciembre de 1953 la UP informaba que el Subcomité del Senado entrevistaría a Moors Cabot (vuelva el lector a los primeros párrafos para reubicar a este personaje) con el objeto de elaborar un proyecto destinado a ser presentado en la X Conferencia interamericana. "El Congreso está disgustado", decía la UP, "no solamente por los indicios de que Guatemala esfá convirtiéndose en una base de subversión comunista, sino también por la incautación de tierras pertenecientes a la United Fruit Company, de Estados Unidos, en ese país".

El disgusto de la UFCO no era tanto por la expropiación en sí de 83 929 hectáreas de "tierras incultas" a su sección del Pacífico, es decir, la Compañía Agrícola de Guatemala (CAG), sino porque, de acuerdo con la ley de reforma agraria, se le había pagado una indemnización en bonos de la misma reforma por valor de 627 572 quetzales con 82 centavos. (El *quetzal*, unidad monetaria de Guatemala, se ha mantenido a la par del dólar, desde 1923, no sé cómo.) Pero la UFCO esgrimía la misma pretensión que las empresas trasnacionales han esgrimido siempre: con México, cuando Cárdenas expropió el petróleo; con Cuba, cuando se liberó totalmente de esas empresas; con Bolivia, cuando nacionalizó el estaño; con el Perú, cuando expropió a la IPC; con Chile, cuando recuperó las minas de cobre, etc. La pretensión consistía en exigir dólares contantes y sonantes, y en la cuantía que la misma empresa declaraba como valor de los terrenos expropiados: 15 854 849 dólares. A eso llamaba "compensación justa,, oportuna y adecuada". Guatemala había replicado:

Es preciso aclarar que la indemnización por esas tierras expropiadas se ha fijado con entera justicia, ya que se hizo por el monto en que la propia compañía ha estimado el valor de sus propiedades mediante la declaración fiscal hecha de manera voluntaria y unilateral por el propietario y aceptada por el Estado. No sería justo ni legal que el Estado diera a tales propiedades una estimación superior a la que la propia compañía les ha dado y que ha servido de base para el pago de los impuestos fiscales. De lo contrario, habría que admitir que ha habido un fraude al fisco guatemalteco por parte de la compañía.¹¹

La UFCO, en este caso Foster Dulles, logró persuadir a Eisenhower de que una acción armada, rápida,

contra Guatemala tendría éxito. Lo que preocupaba al presidente era el desprestigio yanqui si se fracasaba. No necesitó mucho Dulles para convencerlo, y la operación se echó a andar sin esperar más los resultados de la acción diplomática. Se contaba con los gobiernos de Centroamérica y con Trujillo, bien asesorados por los respectivos embajadores norteamericanos. Wise y Ross reproducen el interrogatorio del 27 de julio de 1961 a Whiting Willauer, exembajador yanqui en Honduras, en la Subcomisión de seguridad interna del Senado, sobre su papel y el de la CIA en la agresión y los preparativos:

—*Señor embajador, ¿hubo algo así como un equipo trabajando para derrocar al gobierno de Arbenz en Guatemala, o estaba solo en esa operación?*

—Había un equipo.

—*¿Estuvo allí Jack Peurifoy?*

—Sí, Jack estaba en el equipo de Guatemala; es decir, era el hombre principal, y teníamos a Bob Hill, el embajador Robert Hill, en Costa Rica [...] y teníamos al embajador Ton Whelan en Nicaragua, donde se desarrollaban muchas actividades. Y, desde luego, había un número de agentes de la CIA en el cuadro.

—*¿Cuál era el papel del señor Dulles en aquella zona?*

—¿El señor Alien Dulles?

—Sí.

—La CIA ayudaba a equipar y adiestrar a las fuerzas revolucionarias anticomunistas.

—*¿Diría usted que era el hombre que en esta zona general tenía la dirección en campaña de todas estas operaciones?*

—Ciertamente, se me confiaron muy importantes deberes, particularmente el de sostener al gobierno hondureño —que tenía terror pánico a las posibilidades de que lo derrocasen— para que permitiese que esta actividad revolucionaria mantuviera su base en Honduras.¹²

Aquí se hace inevitable hablar de dos personajes, sobre todo de uno de ellos cuya sola mención resulta lesiva a cualquier pituitaria en buen estado. Se trata de Carlos Castillo Armas y de Miguel Ydígoras Fuentes. Aunque el término *gusano* todavía no había sido acuñado con la significación política y latinoamericana que cobró a partir de la Revolución cubana, aquellos individuos ya exhibían en 1953 todas las características propias de semejante especie. Entre

¹¹ *Idem*, p. 253,

¹² David Wise y Thomas B. Rosse: *op. cit.*, p. 188,

ambos habían firmado un "pacto de caballeros" sobre cómo se repartirían el poder en Guatemala al triunfar la invasión al país; la jefatura se la disputaban uno a espaldas del otro, junto a los patrocinadores mayores y menores de la misma: Whashington, CIA, Somoza y Trujillo. El servicio de inteligencia de Guatemala capturó y publicó la correspondencia de estos personajes, y por ello se conocen las impúdicas intimidades de sus manejos. Empecemos por el principio. Ubiquemos a los caballeros del pacto, con sus propias palabras. La primera autointstantánea es la de Castillo Armas:

Arévalo pudo haber llevado a cabo la total soviétización del país [...] Desde que se vio claramente que el régimen arevalista se inclinaba hacia el comunismo, el ejército se puso en guardia y comenzó a estudiar la manera de salvaguardar las instituciones democráticas cuya integridad garantizaba nuestra carta magna [...] Yo comencé a oponerme al gobierno de Arévalo desde el año de 1948.⁴³

Fue el año de la emisión del Código de trabajo. Considerar que ello era el principio de "la total soviétización del país" equivale a un *test* inapreciable para comprender por qué Castillo Armas fue el hombre de la CIA. Ydígoras Fuentes fue siempre más taimado, más embustero y más histrión. Ganó el generalato en tiempos de Ubico gracias al asesinato de mucha gente en la frontera mexicano-guatemalteca, y en 1944. estaba coludido con el embajador yanqui Boaz Long para alzarse con el poder al día siguiente del triunfo popular del 20 de octubre. Tenía, pues, méritos suficientes para que también se fijaran en él los ojos de la CIA y de la UFCO. (Mejor dicho, el ojo, pues ambas eran parte integrante de un mismo Polifemo.) El mismo cuenta:

Un exdirectivo de la United Fruit Company ya retirado, el señor Walter Turnbull, vino a verme con dos caballeros a quienes presenté como agentes de la CIA. Dijeron que yo era una figura popular en Guatemala y que deseaban prestar su ayuda para derrocar a Arbenz. Cuando les pregunté cuáles eran sus condiciones para prestar la ayuda, las encontré inaceptables. Entre otras cosas, tenía que comprometerme con favorecer a la United Fruit Company y a los Ferrocarriles Internacionales de Centroamérica a destruir el gremio obrero a los trabajadores ferroviarios, a [...] establecer un gobierno de mano dura, como el de Ubico. Adema, tendría que pagar hasta el último centavo que se invirtiese en la empresa.⁴⁴

Lo inaceptable sería sólo esto último. Lo otro, y mucho más, fue exactamente lo que Ydígoras hizo y dio cuando ocupó la presidencia de Guatemala entre 1958 y 1963.

Candidato de las derechas coaligadas en la campaña electoral de 1950 —que dio el triunfo a Arbenz—, Ydígoras se exilió en El Salvador después de su derrota, y allí firmó el pacto con Castillo Armas. Este también había sido derrotado en 1950, pero no electoralmente, sino cuando asaltó a mano armada la base militar de La Aurora. Herido y capturado, se le respetó la vida y se le remitió al Hospital Militar y luego a la Penitenciaría Central; de aquí se fugó mediante el soborno frutero a las autoridades del penal y se exilió en la legación de Colombia en 1951. Como ministro de Relaciones Exteriores de Arbenz me vi en el caso de otorgarle el salvoconducto porque no podíamos dejar de cumplir los convenios internacionales sobre el asilo. Muy pronto apareció en Centroamérica con una asignación mensual de 150 000 dólares frutereros. La diputada Francia Bolton dijo en la Comisión de relaciones exteriores de la Cámara de Representantes yanqui que esa suma "servía a los rebeldes para reclutar soldados mercenarios fuera del país y para equipar y armar guerrilleros locales". Tales fueron los "caballeros" que firmaron el llamado Pacto secreto y compromiso de unificación, en San Salvador, el 31 de marzo de 1952, y que luego ratificaron en Tegucigalpa y San Salvador en 13 y 14 de agosto de 1953.

La primera acción se intentó dentro del país para darle la apariencia de alzamiento interno, en el departamento de Baja Verapaz. En las Verapaces, Alta y Baja, encontraron siempre los reaccionarios buen apoyo, quizá por ser zonas muy cafetaleras y por colindar con Izabal, el departamento bananero por excelencia en la costa atlántica. Pocos meses después, diría el gobierno de Guatemala:

Aun cuando se ha querido presentar este alzamiento como ficticio, los hechos hicieron absolutamente evidente que los elementos subversivos que participaron en él, intelectual y materialmente, contaron con el apoyo a la colaboración de elementos y dineros extranjeros, y que sus planes fueron elaborados en parte en el exterior. El gobierno de la república, sin embargo, no quiso hacer públicos los informes que tenía al respecto, principalmente para no producir fricciones entre algunos gobiernos centroamericanos.⁴⁵

Ese brote quizá sólo fuera de diversión. La operación principal se desarrollaba en otro nivel, en un nivel centroamericano, con sede en Tegucigalpa, Honduras.

⁴³ Manuel Galich: *Por qué lucha Guatemala*, p. 145.

⁴⁴ David Wise y Thomas B. Rosse: *op. cit.*, p. 192.

⁴⁵ Guillermo Toriello: *op. cit.*, p. 304.

Desde aquí, Castillo Armas mantenía sus contactos con los dos Somoza —los dos Anastasios, padre e hijo—, por medio de *Chaco*, nombre en clave de Jorge Tsaac Delgado, agregado comercial de la embajada panameña en Managua. Con pasaporte hondureño a nombre de Carlos Centeno, Castillo Armas actuaba cómodamente. Su carta del 20 de septiembre de 1953 es un precioso cabo, digno de atarse con otros que ya conocemos. En ella le dice a Somoza padre:

He sido informado por nuestros amigos de aquí [Honduras, es decir, UFCO] que el gobierno del Norte, reconociendo la imposibilidad de encontrarle otra solución al grave problema de mi país, ha tomado la decisión de permitirnos [sic] el desarrollo de nuestros planes.⁴⁶

La información de Castillo Armas era exacta y nosotros ya sabemos que, en efecto, Foster Dulles había convencido fácilmente a Eisenhower para permitir la operación. Después lo convencería para proporcionar aviones. (Estos son los cabos a que aludí.)

Trujillo prefería como jefe de la invasión a otro militar, un tercero, y así se lo hizo saber a Somoza por medio de su agente, el tenebroso Félix Bernardino, conocido ejecutor de las muertes a larga distancia ordenadas por El Benefactor. Pero en la confrontación de ejecutorias para el caso, ganó Castillo Armas. Trujillo también lo prohibió generosamente. Lo que le interesaba no era la persona, sino la recomposición del Caribe a su favor, es decir, contar en Guatemala con otro gobierno tan identificado como el de Nicaragua. De allí aquella declaración del 23 de marzo de 1953 a la que aludí antes. Había dicho entonces el Generalísimo

que cuando vio al general Eisenhower en su reciente visita a Washington, le propuso una conferencia panamericana con el único fin de condenar el comunismo en el Hemisferio Occidental [...] El comunismo sería declarado fuera de la ley durante algunos años. En el campo internacional, el Generalísimo consideraba que estaba amenazado por movimientos izquierdistas de Cuba, Guatemala, México, Costa Rica y Venezuela.⁴⁷

Hace pensar el hecho de que cuando Castillo Armas fue abatido a balazos en el Palacio Nacional de Guatemala, siendo presidente, en 1957, el rumor político haya atribuido el asesinato al experto brazo largo de Trujillo y se haya hablado de desavenencias entre ambos por turbios negocios de casinos, casas de citas y otros. Aunque la verdad de esa historia toda-

vía se guarda en los gruesos expedientes sobre la muerte de Castillo Armas, la hipótesis popular cae perfectamente dentro de la lógica de los pandilleros. Mientras Somoza hijo avalaba a Castillo Armas con el crédito de la firma A. Somoza y Cía. Ltd. para adquirir pertrechos de guerra ofrecidos por la casa H. F. Cordes y Co., de Hamburgo (armas pesadas y ligeras, ametralladoras, morteros, bombas de napalm, aviones jet-Vampires, camas de campaña, machetes, receptores y transmisores de radio de campaña), Somoza padre brindaba su finca El Tamarindo, entre Montelimar y Corinto, para la base de entrenamiento a radiotelegrafistas, llamada *Tap-tap* en la clave; la isla de Momotombito, en el lago de Managua, para preparar saboteadores, y un aeropuerto cerca de Puerto Cabezas, como base general de operaciones. Momotombito era conocida en la clave como *El Diablo*. Somoza, en la clave, era *El Gerente*, como pudo haber sido *El Padrino*. El entrenamiento de los mercenarios estaba a cargo de Carl Studer, oficial yanqui retirado del ejército para ponerse a disposición de la UFCO. Ya entonces operaba la difusora HR-IHF, con frecuencia de 7060 kilociclos, en Tegucigalpa, y la YN-I-J-D, en Managua. Frank G. Wisner, director-delegado de planes de la CIA, lo coordinaba todo por encargo de Alien Dulles.

El gobierno de Guatemala distribuyó docientas copias fotostáticas de la correspondencia entre Castillo Armas, Ydígoras Fuentes, los Somoza y otros individuos. Reprodujo el pasaporte de Studer, firmado de puño y letra por Somoza, una especie de salvoconducto para entrar a y salir de Nicaragua sin ningún requisito. Con esos documentos, el gobierno de Guatemala hizo públicos los preparativos de la intervención y de la agresión armada. El Departamento de Estado yanqui negó violentamente la denuncia de Guatemala en un comunicado típico de la proverbial falacia imperialista, siempre descubierta por los hechos:

La acusación es ridícula y falsa. La política de los Estados Unidos es la de no intervenir en los asuntos internos de otras naciones. Esta política ha sido reiteradamente reafirmada por el actual gobierno [...] Es de notar que la acusación se hace como culminación de una creciente campaña de embustes y ataques a la libertad de expresión y organización democrática en Guatemala [...] Esta historia constituye la prueba adicional, si se necesita prueba, de hasta dónde puede llegar la conjura comunista internacional para quebrantar la solidaridad del Hemisferio, en vísperas de la X Conferencia internacional americana.

En 1954, los hechos confirmaron escandalosamente cuanto el gobierno de Guatemala había dicho y el mundo entero sabía de sobra. El eco mundial de lo que se fraguaba en el Caribe era atronador. No era

⁴⁶ *Idem*, p. 307.

⁴⁷ Revista *Indice*, n. 8, abril-junio de 1953.

un "silbato para perros", sino el ulular de un leviatán. (Lo mismo sucedió en Cuba: Kennedy negó rotundamente que estuviera fraguando la invasión, la víspera misma de lanzarla.) Con profunda amargura de yanqui imperialista fracasado en su empresa, el *New York Times* del 26 de abril de 1961 decía en un editorial:

La reacción extranjera ante la operación, de la cual pretendían débilmente desvincularse los norteamericanos, difícilmente podría ser peor. Esa sustancia indefinible que en la Unión se conoce como prestigio, se ha contraído. Los norteamericanos aparecemos como tontos ante nuestros amigos, como pillos ante nuestros enemigos e incompetentes ante el resto. El alto tono moral que habíamos estado proclamando ha llegado a convertirse en un inaudible silbato para perros.

Con la experiencia de Guatemala, pude escribir el 20 de abril de 1961 en mi columna del semanario argentino *Propósitos* acerca de las declaraciones de Kennedy cuando la frustrada invasión a Cuba por Playa Girón:

Un espíritu poco avisado pudo creer en la sinceridad de las declaraciones del señor Kennedy. No pudo creerlo quien conoció de cerca cómo opera el imperialismo norteamericano. Al contrario. Nunca tuvimos mayor sensación del peligro que corría la Revolución cubana que cuando el presidente de los Estados Unidos hacía semejante profesión de fe.

Inevitable es que venga a la memoria, aunque sea un lugar común, la frase de los romanos: *punica fides*. Pero, claro, no por comparar a los cartagineses con los yanquis, pues sería injusto para aquellos, sino para comparar a estos con los romanos, en cuanto que atribuían a sus rivales históricos el horrendo vicio de la mentira, la deslealtad y la hipocresía que les era propio para justificar sus agresiones imperialistas. Eisenhower era republicano; Kennedy, demócrata. Pero es evidente que, en este punto, el elefante es idéntico al burro.*

* La continuación de este trabajo aparecerá en el próximo número de *Casa de las Américas* (N. de la R.)